ALFAGUARA

Marguerite Yourcenar

El laberinto del mundo

Recordatorios
Archivos del Norte
¿Qué? La eternidad

Traducción de Emma Calatayud

Índice

RECORDATORIOS

El parto 13
El itinerario de las mansiones 59
Dos viajeros de camino hacia la región inmutable 123
Fernande 197

Nota 267

ARCHIVOS DEL NORTE

Primera parte
La noche de los tiempos 275
La red 291

Segunda parte
El joven Michel-Charles 337
Rue Marais 381

Tercera parte
Ananké 445

Nota 531

¿QUÉ? LA ETERNIDAD

El curso rutinario de los días 535
Necromantia 555
Un grano de incienso 585
El pebetero de oro 619

La desgarradura 639
Fidelidad 667
Las migajas de la infancia 683
Las migajas del amor 705
La Tierra tiembla (1914-1915) 727
La Tierra tiembla (1916-1918) 745
Los enredados senderos 765

Nota 795

Recordatorios

El parto

El ser a quien llamo yo llegó al mundo un lunes 8 de junio de 1903, hacia las 8 de la mañana, en Bruselas, y nacía de un francés perteneciente a una antigua familia del Norte y de una belga, cuyos ascendientes se habían establecido en Lieja durante unos cuantos siglos, para luego instalarse en el Hainaut. La casa donde ocurría este acontecimiento —ya que todo nacimiento lo es para el padre y la madre, así como para algunas personas que les son cercanas— se hallaba situada en el número 193 de la Avenue Louise, y ha desaparecido hará unos quince años, devorada por un edificio alto.

Tras haber consignado estos hechos que no significan nada por sí mismos y que, sin embargo, y para cada uno de nosotros, llevan más lejos que nuestra propia historia e incluso que la historia a secas, me detengo, presa de vértigo ante el inextricable enmarañamiento de incidentes y circunstancias que, más o menos, nos determinan a todos. Aquella criatura del sexo femenino, ya apresada entre las coordenadas de la era cristiana y de la Europa del siglo xx, aquel pedacito de carne color de rosa que lloraba dentro de una cuna azul, me obliga a plantearme una serie de preguntas tanto más temibles cuanto que parecen banales y que un literato que conoce su oficio se guarda muy bien de formularlas. Que esa niña sea yo, no puedo dudarlo sin dudar de todo. No obstante, para vencer en parte el sentimiento de irrealidad que me produce esta identificación, me veo obligada, como lo estaría con un personaje histórico que hubiera intentado recrear, a aterrarme a unos retazos de recuerdos obtenidos de segunda o décima mano, a informaciones extraídas de fragmentos de cartas o de las hojas de algún cuadernillo que olvidaron tirar a la papelera y que nuestra avidez por saber exprime más allá de lo que pueden dar; o acudir a las alcaldías y notarías para compulsar unas piezas auténticas, cuya jerga administrativa y legal elimina todo contenido humano. No ignoro que todo esto es falso o vago, como todo lo que ha sido reinterpretado por la memoria de muchos individuos diferentes, anodino como lo que se escribe en la línea de puntos al rellenar la solicitud de un pasaporte, bobo como las

anécdotas que se transmiten en familia, corroído por lo que, entretanto, se ha ido acumulando dentro de nosotros, como una piedra por el líquen o el metal por el orín. Estos fragmentos de hechos que creo conocer son, sin embargo, entre aquella niña y yo, la única pasarela transitable; son asimismo el único salvavidas que nos sostiene a ambas sobre el mar del tiempo. Y ahora que me pongo aquí a rellenar las juntas que las separan, lo hago con curiosidad, para ver lo que dará su ensambladura: la imagen de una persona y de algunas otras, de un medio, de un paraje o bien, aquí y allá, una momentánea escapada sobre lo que no tiene nombre, ni forma.

El paraje mismo era más o menos fortuito, como iban a serlo muchas otras cosas en el transcurso de mi existencia, y probablemente de cualquier existencia vista desde cerca. Monsieur y Madame de C. acababan de pasar un verano bastante gris en la propiedad familiar del Mont-Noir, en una de las colinas del Flandes francés, y este lugar —que posee su belleza peculiar y que, sobre todo, la poseía por aquel entonces, antes de las devastaciones de la guerra— les había parecido destilar aburrimiento una vez más. La presencia del hijo de un primer matrimonio de Monsieur de C. no había mejorado las vacaciones: aquel huraño muchacho de dieciocho años era insolente con su madrastra quien, sin embargo, trataba tímidamente de hacerse amar por él. La única excursión que habían hecho había sido, a finales de septiembre, una corta estancia en Spa, el lugar más cercano donde Monsieur de C., a quien gustaba el juego, pudiera encontrar un casino y ensayar lindas martingalas sin que Fernande tuviese que afrontar las tormentas del equinoccio en el Belle de Ostende. Al acercarse el invierno, la perspectiva de instalarse durante la estación fría en la vieja casa de la Rue Marais, en Lille, les pareció aún más desprovista de encantos que los días de verano en el Mont-Noir.

La insoportable Noémi, madre de Monsieur de C. y aborrecida por él entre todas las mujeres, reinaba sobre aquellas dos moradas hacía cincuenta y un años. Era hija de un presidente del tribunal de Lille, había nacido siendo ya rica y se había casado únicamente por el prestigio que da el dinero, entrando a formar parte de una familia en la que aún se quejaban de las grandes pérdidas sufridas durante la Revolución; no permitía ni un solo instante que nadie se olvidara de que la presente opulencia provenía sobre todo de ella. Como era viuda y madre, sujetaba los cordones de la bolsa y subvenía con comparativa parsimonia a las necesidades de su hijo cuadragenario,

quien se arruinaba alegremente pidiendo prestado en espera de su fallecimiento. Sentía gran pasión por el pronombre posesivo; uno se cansaba de oírle decir: «Cierra la puerta de mi salón; mira a ver si mi jardinero ha rastrillado los senderos de mi parque; a ver qué hora es en mi reloj». El embarazo de Madame de C. les prohibía viajar, lo que hasta entonces había sido para la pareja, aficionada a los bellos parajes y a las regiones soleadas, la respuesta a todas sus apetencias. Puesto que Alemania, Suiza, Italia y el Mediodía de Francia se hallaban momentáneamente excluidas, Monsieur y Madame de C. buscaban una vivienda que fuera sólo suya y a la que escasas veces invitarían a la temible Noémi.

Además, Fernande echaba de menos a sus hermanas, especialmente a su hermana mayor, Mademoiselle Jeanne de C. de M., inválida de nacimiento y que, como ni el matrimonio ni el convento eran para ella, se había instalado en Bruselas, en una modesta residencia que había elegido. Casi tanto como a ella o quizá más aún añoraba a su antigua institutriz alemana, ahora instalada al lado de Mademoiselle Jeanne como dama de compañía y haciéndole de factótum. Esta mujer austera, que llevaba un corpiño bordado en azabache y estaba dotada de una especie de inocencia y de jovialidad muy germánicas le había servido de madre a Fernande, que había perdido a la suya siendo muy pequeña. A decir verdad, la joven se había rebelado después contra aquellas dos influencias; fue en parte para escapar de aquel ambiente femenino, piadoso y un tanto apagado, por lo que se había casado con Monsieur de C. Ahora, después de dos años de matrimonio, Mademoiselle Jeanne y Mademoiselle Fraulein le parecían encarnar la razón, la virtud, la paz y una especie de sosegada dulzura de vivir. Además, educada como lo había sido en el respeto a todo lo que de cerca o de lejos tuviera relación con Alemania, se había empeñado en dar a luz en manos de un médico de Bruselas, que había estudiado en una universidad germánica y que había atendido, con buena fortuna, a sus hermanas casadas durante sus embarazos.

Monsieur de C. dio su aprobación. Casi siempre accedía a los deseos de sus mujeres sucesivas, igual que accedería más tarde a los de su hija, que era yo. Había en ello, sin duda, una generosidad que, llevada hasta tal punto, no he visto en nadie más que en él, y que le hacía decir *sí* en lugar de *no* a los que amaba, o incluso toleraba a su lado. Había también un fondo de indiferencia, debido al afán de

evitar las discusiones, siempre irritantes, y al sentimiento de que, después de todo, las cosas *no tienen importancia*. Finalmente y sobre todo, era de esas mentes inquietas a quienes encanta, al menos por un tiempo, cualquier nueva proposición. Bruselas, donde quería instalarse Fernande, poseería los atractivos de la gran ciudad, ausentes de Lille, fumosa y gris. Un hombre más circunspecto hubiera pensado en alquilar una casa por unos meses, pero siempre se suponía que las decisiones tomadas por Monsieur de C. iban a ser para toda la vida. Le encargaron a una agencia inmobiliaria que les buscase la vivienda soñada; Monsieur de C. se personó allí para escoger entre las posibilidades ofrecidas, de las cuales, como era de suponer, únicamente la más costosa le pareció conveniente. La compró, sin pensarlo más. Era un palacete amueblado en sus tres cuartas partes, con un jardincillo cuyas tapias se hallaban cubiertas de yedra. Lo que particularmente sedujo a Monsieur de C. fue, en la planta baja, una biblioteca muy grande estilo Imperio, sobre cuya chimenea resaltaba un busto de Minerva, de mármol verde. Mademoiselle Jeanne y la Fraulein se las arreglaron para encontrar servidumbre y contratar a una enfermera que se ocuparía de Fernande y se quedaría después unas semanas para cuidar de la madre y del niño. Monsieur y Madame de C. llegaron a Bruselas con innumerables baúles, varios de los cuales estaban llenos de libros destinados a las estanterías de la biblioteca, y con el perro basset Trier, que Michel y Fernande habían comprado tres años atrás, durante un viaje a Alemania.

La instalación fue un entretenimiento; pasaron revista a los criados: la cocinera, Aldegonde, y la doncella, hermana menor de ésta, llamada Barbara o Barbe, nacidas ambas en los alrededores de Hasselt, en la frontera holandesa; un mozo que hacía las veces de jardinero y de mozo de cuadra, encargado del caballo y del pimpante carruaje previsto para pasear por el bosque, muy cercano. Conocieron el placer —pronto agotado— que consiste en enseñar a todo el que quiere verla una instalación flamante. La familia acudió numerosa: Monsieur de C. apreciaba a su cuñada Jeanne por su sólido y frío sentido común, y su valor ante sus achaques. Apreciaba algo menos a la Fraulein y su alegría bobona. Además, ésta les había enseñado tan bien el alemán a sus alumnas que se había convertido para ellas en una segunda lengua materna; la empleaban exclusivamente durante las visitas que Jeanne y la Fraulein le hacían a Fernande, lo que molestaba a Monsieur de C., menos por el hecho de no entender aquel parloteo

femenino, que no le interesaba gran cosa, que por considerarlo una falta de educación intolerable.

Los hermanos de Fernande acudieron a cenar: Théobald, el mayor, presumía en los documentos oficiales de su diploma de ingeniero, pero jamás había emprendido trabajo de arte alguno, ni se preocupaba por hacerlo. Casinista inveterado a la edad de treinta y nueve años, vivía en su círculo, alimentándose con los cotilleos de su círculo. Su cuello grueso, siempre lleno de arañazos debido al roce del cuello de su camisa, demasiado duro y apretado, repugnaba a su cuñado. Octave, más joven, debía su romántico nombre en parte a un tío lejano, Octave Pirmez, ensayista meditativo y soñador, que fue uno de los buenos prosistas belgas del siglo XIX, pero sobre todo al hecho de ser el octavo de una serie de diez hermanos. Era un hombre de mediana estatura, aspecto agradable y algo insustancial. Lo mismo que al tío Octave de poética memoria, le gustaban los viajes y recorría Europa solo, a caballo o en un ligero tílburi de su invención. Hasta una vez —fantasía que resultaba extraña en aquella época— se embarcó para hacer una travesía por el Atlántico y visitó los Estados Unidos. No muy culto, aunque enriquecido por un ligero barniz literario (contó algunos de sus viajes en un ilegible librito que publicó a sus expensas), medianamente curioso de antigüedades y bellas artes, parece ser que lo que buscaba sobre todo en aquellas escapadas era lo pintoresco del camino, tan apreciado por los viajeros de la época, desde el viejo Töpffer de los *Viajes en zigzag* hasta el Stevenson del *Viaje en burro,* y quizá también una libertad de la que no hubiera gozado en Bruselas.

Las tres hermanas casadas en provincias no vinieron tan a menudo, pues se encontraban atadas por sus hijos, sus obligaciones de amas de casa y sus deberes de damas patrocinadoras de buenas obras. En cuanto a sus maridos, bien por negocios o bien por gusto, solían dar con frecuencia una vuelta por Bruselas. Monsieur de C. fumó en su compañía unos cuantos habanos mientras disertaban sobre temas candentes del momento: la entente franco-italiana de Monsieur Camille Barrère, el infame radicalismo del ministerio Combes, el ferrocarril de Bagdad y la infuencia de Alemania sobre el próximo Oriente, así como finalmente, y hasta la saciedad, de la expansión colonial y comercial de Bélgica. Aquellos señores se hallaban relativamente bien informados sobre todo lo que, de cerca o de lejos, tenía algo que ver con las fluctuaciones bursátiles; al hablar de política,

repetían los tópicos conservadores. Todo esto interesaba bastante poco a Monsieur de C., quien, por el momento, no poseía fondos para invertir en aventurados buenos negocios y para el que toda noticia política era falsa, o al menos consistía en una amalgama de un poco de verdad y muchas mentiras, que él no iba a tomarse el trabajo de intentar disociar. Una de las razones que lo habían empujado a pedir la mano de Fernande era su libre estado de huérfana: empezaba a darse cuenta de que cinco cuñados y cuatro cuñadas pueden ser para un marido tan molestos como una suegra. La joven no había conocido, hasta ahora, de Bruselas, más que el convento en donde se había educado; sus relaciones mundanas no eran, en cierta manera, sino anejos de la familia. Las amigas del internado se habían dispersado; la más hermosa e inteligente, Mademoiselle G., una joven holandesa a quien había querido como sólo se puede querer a los quince años, y que deslumbró a Monsieur de C. el día de la boda, con su atuendo color de rosa de dama de honor, se había casado con un ruso y vivía a miles de leguas de allí; las dos jóvenes se escribían unas cartas serias y tiernas. La intolerable Noémi, a la que habían creído poder quitarse de encima, dejaba sentir aún todo su peso sobre la pareja, pues de ella dependía que fuese pagada o no con puntualidad el día correspondiente la renta que le pasaba a su hijo. Y, además, cosa particularmente desoladora para aquel francés del Norte a quien sólo le gustaba el Sur, la lluvia caía sin cesar, igual que en Lille. «No está uno bien sino en otra parte», repetía a menudo Monsieur de C. De momento, no se encontraba particularmente bien en Bruselas.

Aquel matrimonio, ya estriado por pequeñas resquebrajaduras, se había concertado para Monsieur de C. poco tiempo después de haber perdido a su primera mujer, a quien le unían unos lazos muy fuertes, hechos de pasión, de aversión, de rencores recíprocos, y quince años de una vida agitada transcurrida más o menos uno al lado del otro. La primera Madame de C. había muerto en unas circunstancias patéticas, de las que este hombre —que hablaba libremente de todo— hablaba lo menos posible. Había contado con el renuevo de alegría de vivir que le aportaría una cara nueva y seductora: se había equivocado. No era que no amase a Fernande; era, además, casi incapaz de vivir con una mujer sin encariñarse con ella y mimarla. Incluso dejando de lado su aspecto físico, que trataré de evocar más adelante, Fernande poseía encantos que le eran propios. El mayor de todos era su voz. Se expresaba bien, sin la menor sombra de acento belga que hubiese

irritado a aquel francés; contaba las cosas con una imaginación y una fantasía encantadora. Él no se cansaba de oír de sus labios sus recuerdos de infancia, ni de hacer que recitase sus poemas favoritos, que se sabía de memoria. Se había dado a sí misma una especie de educación liberal; comprendía un poco las lenguas clásicas, había leído o leía todo lo que estaba de moda, y algunos hermosos libros a los que la moda no alcanza. Le gustaba la historia, como a él y también como a él para, sobre todo, o más bien exclusivamente, buscar en ella unas anécdotas novelescas o dramáticas, y aquí y allá, algunos bellos ejemplos de elegancia moral o de arrogancia en la desgracia. Las tardes vacías en que uno se queda en su casa, era para ellos un juego de sociedad coger de la estantería un grueso diccionario histórico, que Monsieur de C. abría para leer un nombre al azar: pocas veces sucedía que Fernande no estuviera informada sobre el personaje, bien se tratase de un semidiós mitológico, de un monarca inglés o escandinavo, o de un pintor o compositor olvidado. Los mejores momentos para ambos eran los que pasaban juntos en la biblioteca, ante la mirada de su Minerva, obra del cincel de un Premio de Roma allá por 1890. Fernande sabía ocupar tranquilamente días enteros leyendo o soñando. Nunca caía con él en charloteos de mujeres; tal vez lo reservaba para las conversaciones en alemán con Jeanne y Mademoiselle Fraulein.

Tantas buenas cualidades tenían su contrapartida. Como ama de casa era incapaz. Cuando había invitados a cenar, Monsieur de C. la sustituía, manteniendo largos conciliábulos con Aldegonde, atento a evitar que apareciesen en la mesa ciertas combinaciones apreciadas por las cocineras belgas, tales como la gallina con arroz, con guarnición de patatas, o que el postre consistiera en una tarta de ciruelas pasas. En el restaurante, mientras él pedía con apetito y discernimiento platos sencillos, se irritaba viéndola escoger al azar manjares complicados y contentándose finalmente con una fruta. Los antojos del embarazo no tenían nada que ver en ello. Desde los primeros tiempos de su vida en común se había escandalizado al oírla decir, cuando él le proponía que probasen alguna especialidad más del Café Riche: «Pero ¿por qué? Aún queda verdura». Amante de disfrutar del momento, cualquiera que fuese, veía en esto una manera de refunfuñar ante un placer que se ofrecía, o tal vez, cosa que detestaba más que nada en el mundo, cierta parsimonia inculcada por una educación pequeñoburguesa. Se equivocaba al no advertir en Fernande unas veleidades de ascetismo. El hecho es que, incluso para los menos refinados,

los menos golosos o los menos tragones, vivir juntos es en parte comer juntos. Monsieur y Madame de C. no hacían buena pareja en la mesa.

Sus atuendos dejaban mucho que desear. Llevaba los vestidos de los mejores modistos con una negligencia que no carecía de gracia; esta desenvoltura irritaba, no obstante, al marido, que tropezaba en la habitación de su mujer con un elegante sombrero o con un manguito tirados por el suelo. Nada más estrenado, el vestido nuevo ya estaba arrugado o roto; se le caían los botones. Fernande tenía unos dedos que perdían todas las sortijas: había perdido su anillo de esponsales un día en que, por la ventanilla abierta de un vagón, le indicaba a Michel un bello paisaje. Su pelo largo, por el que Michel sentía la predilección propia de un hombre de la Belle Époque, era la desesperación de los peluqueros, que no comprendían cómo la señora no era ni siquiera capaz de ponerse una horquilla, ni una peineta en el lugar debido. Había en ella algo de hada, y no hay nada más insoportable, si creemos lo que dicen los cuentos, que vivir con un hada. Peor aún, era miedosa. La dulce y pequeña yegua que él le había regalado languidecía en el establo del Mont-Noir. Madame no consentía en montarla a no ser que su marido o un groom llevaran las riendas. Los inocentes caracoleos del animal la horrorizaban. El mar no le atraía más que el caballo; en su reciente crucero a Córcega y a la isla de Elba, había creído más de veinte veces naufragar, cuando el mar se hallaba agradablemente movido por una pequeña brisa; en la costa ligur, sólo por excepción consintió en dormir dentro del estrecho camarote del yate, aun estando anclado en el puerto, e insistía para que le pusieran la mesa, a la hora de las comidas, en el muelle. Monsieur de C. recordaba el rostro tostado de su primera mujer ayudando a hacer la maniobra cuando hacía mal tiempo, y a la misma, vestida con falda y chaqueta de amazona, en un picadero, ofreciéndose a domar un caballo y resistiendo bien, pese a las salvajes coces y brincos del animal, pegada a su silla de mujer, y tan sacudida que acababa por vomitar.

No se conoce bien a dos seres así unidos si no se saben sus intimidades en la cama. Lo poco que adivino de la vida amorosa de mis padres me hace creer que representaban bastante bien a la pareja de los años 1900, con sus problemas y sus prejuicios que ya no son los nuestros. Michel amaba tiernamente los senos ligeramente caídos de Fernande, tal vez un poco demasiado voluminosos para su estrecha cintura, pero sufría, como tantos hombres de su época, debido a sus

propias ambivalencias ante el placer femenino, empeñado en creer que una mujer casta no se entregaba sino para satisfacer al hombre amado, y molesto sucesivamente por la frialdad o por la emoción de su compañera. En parte, sin duda, porque sus lecturas novelescas la habían convencido de que una segunda mujer debe estar celosa de la primera, Fernande hacía unas preguntas que a Michel le parecían algo ridículas, en todo caso, intempestivas. Al pasar los meses e ir convirtiéndose en años, Fernande empezó a dar discretas muestras de querer ser madre, deseo que, en un principio, parecía poco pronunciado en ella. La primera y única experiencia que Monsieur de C. tenía de la paternidad no era como para darle confianza, pero sustentaba por principio que una mujer, si desea un hijo, tiene derecho a tener uno y, salvo error, no más de uno.

Todo procedía, pues, como él lo había querido o, al menos, como él creía que debían pasar las cosas. No obstante, se sentía cogido en la trampa. Cogido en la trampa igual que lo estuvo cuando, para contrarrestar los proyectos de su madre —que veía en él a su futuro administrador, destinado igual que su padre antes que él a escuchar las quejas de los granjeros y a discutir sobre nuevos arrendamientos—, se había enrolado en el ejército sin decir ni una palabra. (Y el ejército le gustó, pero su decisión no dejaba de ser la repercusión de una querella familiar y una especie de torpe chantaje hecho a los suyos.) Cogido en la trampa como cuando abandonó el ejército, también sin avisar, a causa del lindo rostro de una inglesa. Cogido en la trampa como cuando consintió, para darle gusto a su padre, aquejado de una enfermedad que no perdona, en romper aquella ya duradera relación (¡qué dulces eran los verdes paisajes de Inglaterra, qué encantadores los días de sol y de lluvia que habían pasado juntos vagabundeando por los campos, y las meriendas en las granjas!) para casarse con Mademoiselle de L., mujer perfectamente adecuada para él por su situación social, por antiguas alianzas existentes entre las dos familias y más aún por su afición a los caballos y a lo que su madre llamaba «la vida a todo tren». (Y no todo había sido malo durante aquellos años que pasó con Berthe: hubo lo bueno y lo regular, así como lo peor.) A los cuarenta y nueve años se encontraba otra vez cogido en la trampa al lado de una mujer por quien sentía afecto mezclado con una puntita de irritación y de un hijo del que aún no se sabía nada, sino que él llegaría a quererlo para acabar, sin duda —en caso de ser un varón—, con desilusiones y disputas y, en el caso

de ser una niña, entregándosela con gran pompa a un extraño con quien se acostaría. Había momentos en que Monsieur de C. sentía deseos de hacer la maleta. Pero la instalación en Bruselas tenía algo bueno. Si esta situación tenía por desenlace, no un divorcio —inimaginable en su ambiente—, sino una discreta separación, nada más natural para Fernande que permanecer con el niño en Bélgica, al lado de los suyos, mientras que él pretextaría la necesidad de resolver ciertos negocios para viajar o regresar a Francia. Y en fin, si el niño era varón, sería una ventaja para él, en los tiempos que corrían, tan dados a la carrera de armamentos, el poder optar algún día por un país neutral. Como se ve, tres años, en números redondos, pasados en el ejército no habían convertido a Monsieur de C. en un patriota dispuesto a entregar a sus hijos para la reconquista de Alsacia y Lorena; le dejaba esos grandes arrebatos a su primo P., diputado de la derecha, que llenaba la Cámara con sus homilías en honor de la natalidad francesa.

No conozco tantos detalles sobre los sentimientos de Fernande durante aquel invierno y, todo lo más, puedo inferir en qué pensaba durante sus insomnios, tendida en su cama gemela de caoba, separada de la de Michel por un biombo; éste también reflexionaba por su lado. Teniendo en cuenta lo poco que sé de ella, llego a preguntarme si ese deseo de maternidad, expresado de cuando en cuando por Fernande al ver a una campesina dándole el pecho a su niño, o al contemplar en un museo a un bambino de Lawrence, era tan profundo como ella misma y Michel lo creían. El instinto maternal no es tan apremiante como suele decirse ya que, en todas las épocas, las mujeres de una condición social llamada privilegiada han entregado, sin grandes remordimientos, sus hijos a unos subalternos; antaño se los dejaban a una nodriza, cuando la comodidad y la situación social de los padres lo exigían; no hace mucho, los abandonaban en las manos, a menudo torpes e indiferentes, de las criadas y, en nuestros días, los dejan en una impersonal guardería. Podríamos también reflexionar en la facilidad con que tantas mujeres han ofrecido sus hijos al Moloch de los ejércitos, vanagloriándose de semejante sacrificio.

Pero volvamos a Fernande. La maternidad era parte integrante de la mujer ideal tal como la describían los tópicos corrientes a su alrededor: una mujer casada tenía la obligación de desear ser madre, lo mismo que la de amar a su marido y practicar las artes de adorno. Todo lo que se enseñaba sobre este particular era, además, confuso

y contradictorio: el hijo era una gracia, un don de Dios; era también la justificación de unos actos considerados groseros y casi reprensibles incluso entre esposos cuando no los justificaba la concepción. El nacimiento de un hijo era motivo de gran alborozo en el seno de la familia y, al mismo tiempo, el embarazo era una cruz que una mujer piadosa y que conoce sus deberes llevaba con resignación. En otro aspecto, el niño era un juguete, un lujo más, una razón para vivir un poco más consistente que la de ir de compras o dar paseos por el bosque. Su llegada era inseparable de las ropitas azules o rosas de la canastilla, de las visitas a la recién parida que las recibía en bata de encaje; era impensable que una mujer colmada por todos los dones no recibiera también éste. En suma, el hijo culminaba la plena realización de su vida de joven esposa, y este último punto era seguramente muy importante para Fernande, que se había casado siendo ya algo mayor y que acababa de cumplir treinta y un años el 23 de febrero.

No obstante, aunque sus relaciones con sus hermanas fueran muy cariñosas, no les había dicho ni palabra de su embarazo (excepto a Jeanne, que era su consejera para todo), haciéndolo lo más tarde posible, cosa que no suele ser corriente en una mujer exultante ante sus esperanzas de ser madre. Las hermanas no lo habían sabido hasta después de que Madame de C. llegara a Bruselas. A medida que se iba acercando el momento de dar a luz, los piadosos y encantadores tópicos iban dejando cada vez más al desnudo una emoción muy simple, que era el miedo. Su propia madre, agotada por diez partos, había muerto un año después de nacer ella, «de una corta y cruel enfermedad» ocasionada quizá por un nuevo y fatal embarazo; su abuela había muerto de parto a los veintiún años. Una parte del folklore que se transmitían en voz baja las mujeres de la familia estaba compuesta de recetas en caso de partos difíciles, de historias de niños que nacieron muertos o murieron al nacer, antes de que se les hubiese podido administrar el bautismo, de madres jóvenes que murieron a consecuencia de las fiebres de leche. En la cocina y en el cuarto de costura, aquellos relatos ni siquiera se hacían en voz baja. Pero estos terrores que la obsesionaban permanecían indefinidos. Pertenecía a una época y a un medio en que no sólo la ignorancia era para las solteras una parte indispensable de la virginidad, sino que las mujeres, aunque estuvieran ya casadas y fueran madres, ponían su empeño en no saber gran cosa sobre la concepción y el parto, y ni siquiera hubieran creído poder nombrar los órganos correspondientes. Todo

lo relacionado con la parte central del cuerpo era asunto de los maridos, de las comadronas y de los médicos. Por mucho que las hermanas de Fernande —que abundaban en consejos en cuanto al régimen y tiernas exhortaciones— le dijesen que se quiere de antemano al niño que va a nacer, no conseguía establecer una relación entre sus náuseas, sus malestares, el peso de esa cosa que iba creciendo dentro de ella y que saldría, de un modo que no se imaginaba bien, por la vía más secreta, y la pequeña criatura, parecida a los preciosos Jesusitos de cera, cuyos vestidos llenos de puntillas y gorritos bordados estaban preparados ya. Sentía miedo ante aquella prueba cuyas peripecias sólo se figuraba por encima, y para la cual sólo dependería de su propio valor y de sus propias fuerzas. La oración era para ella un recurso; se tranquilizaba pensando que le había pedido, a las monjas del convento en donde fue educada, una novena a su intención.

Los peores momentos eran sin duda los del vacío de la noche, cuando la despertaba su habitual dolor de muelas. Se oían circular los primeros coches, a largos intervalos, sobre los adoquines de la Avenue Louise, llevando a sus casas a la gente que regresaba de alguna velada o del teatro, el ruido agradablemente amortiguado por lo que entonces era una cuádruple fila de árboles. Se refugiaba en tranquilizadores detalles prácticos: el acontecimiento no estaba previsto hasta el 15 de junio, pero Azélie, la enfermera, entraría en funciones a partir del 5; habría que acordarse de escribir a Madame de B., Rue Philippe le Bon, en cuya casa trabajaba Azélie en aquellos momentos, para agradecerle el habérsela cedido unos días antes de lo concertado. Todo sería más fácil en cuanto tuviese a su lado a una persona experimentada. Al despertarse, sin darse cuenta de que se había vuelto a dormir, miraba la hora en el relojito que había encima de la mesilla de noche: era la hora de tomar el reconstituyente que le había recetado el médico. Un rayo de sol atravesaba las tupidas cortinas; haría buen tiempo; podría ir en coche a hacer unas compras, o a pasearse con Trier por el jardincillo. El peso del porvenir ya no era tan abrumador, se subdividía en pequeños quebraderos de cabeza o en fútiles ocupaciones, unas agradables y otras menos, pero todas distraídas y que le llenaban las horas hasta el punto de hacérselas olvidar. Mientras tanto, la tierra seguía dando vueltas.

A principios de abril, los dolores de muelas de Fernande no la dejaban descansar, así que decidieron arrancarle la del juicio, que había salido mal. Perdió mucha sangre. El dentista Quatermann,

que acudió a domicilio, le dio los habituales consejos de prudencia: trocitos de hielo dentro de la boca, unas cuantas horas de reposo sin tomar alimentos sólidos ni bebidas calientes y el más completo mutismo. Monsieur de C. se instaló a su lado y, conforme a las recomendaciones del dentista, le dio un lápiz y una hoja de papel para que escribiera en ella sus menores deseos. Conservó después aquella hoja, en donde Fernande había garabateado unas notas casi ilegibles. Son las siguientes:

—Baudoin ya ha tenido eso.

.....

—Quatermann es inteligente, activo y simpático... muy diferente del doctor Dubois de ayer.

.....

—Estoy muda, igual que Trier.

.....

—Y además me duele hasta cuando quiero chupar una pasta...

.....

—No está en el agua hirviendo...

.....

—Llama... Manda que traigan un tapón... Vino...

.....

—¿En la habitación de al lado, encima de la lumbre?

Y eso es todo. Pero basta para darme el tono y el ritmo de lo que se decían en la intimidad aquellas dos personas, sentadas una al lado de la otra en una casa desaparecida, hará sesenta y nueve años. No presumo las razones que le hicieron guardar a Monsieur de C. este trozo de papel, pero el hecho de que lo conservara me hace pensar que no todo fueron malos recuerdos los de aquellas veladas de Bruselas.

Archivos del Norte

La noche de los tiempos

En un volumen destinado a formar con éste los dos paneles de un díptico, he tratado de evocar a una pareja de la Belle Époque, a mi padre y a mi madre, para luego remontarme en el tiempo hasta unos ascendientes maternos instalados en la Bélgica del siglo XIX, y seguidamente, con más lagunas y con unas siluetas cada vez más lineales, hasta la Lieja rococó, incluso hasta la Edad Media. Una o dos veces, haciendo un esfuerzo de imaginación y renunciando por ello a sostenerme en el pasado sobre esa cuerda floja que es la historia de una familia, he intentado elevarme hasta los tiempos romanos o prerromanos. Quisiera seguir aquí la trayectoria, partir directamente de inexploradas lejanías para llegar finalmente, disminuyendo otro tanto la amplitud del panorama pero precisando, ciñéndome más a las personalidades humanas, hasta la Lille del siglo XIX, hasta la pareja correcta y bastante desunida de un gran burgués y de una robusta burguesa del Segundo Imperio, y después hasta ese hombre perpetuamente inconformista que fue mi padre, hasta una niña que aprendía a vivir entre 1903 y 1912 en una colina del Flandes francés. Si el tiempo y la energía no me faltan, puede que prosiga hasta 1914, hasta 1939, hasta el momento en que la pluma se me caiga de las manos. Ya veremos.

En cuanto a esa familia —o más bien esas familias—, cuyo enmarañamiento constituye mi linaje paterno, yo voy, pues, a tratar de distanciarme de ellas, de situarlas en su lugar, que es pequeño, dentro de la inmensidad del tiempo. A esas personas que ya no existen, a esas cenizas humanas, vamos a dejarlas atrás para llegar a la época en que aún nada se sabía de ellas. Hagamos lo mismo con los escenarios que las vieron vivir: dejemos atrás esa Place de la Gare, esa ciudadela de Lille o esa atalaya de Bailleul, esa calle de «aspecto aristocrático», ese castillo y ese parque tal como se ven en antiguas tarjetas postales que representan los parajes o las curiosidades de la región. Despeguemos, por decirlo así, de ese rincón del departamento del Norte que fue anteriormente una parcela de los Países Bajos españoles para luego, remontándonos aún más, llegar a una parcela del

ducado de Borgoña, del condado de Flandes, del reino de Neustria y de la Galia belga. Sobrevolémosla en una época en que aún carecía de habitantes y de nombre.

«Antes del nacimiento del mundo», declama pomposamente en su cómico alegato el Demandado de Racine. *«¡Abogado, por favor, pasemos al Diluvio!»,* exclama el juez ahogando un bostezo. Y, en efecto, es de diluvio de lo que se trata. No de aquel, mítico, que se tragó al globo, ni tampoco de una inundación local cualquiera, cuya huella ha conservado el folklore de algunas poblaciones asustadas, sino de esas inmemoriales mareas altas que en el transcurso de los siglos han recubierto, para luego dejar al desnudo, las costas del Mar del Norte, desde el cabo Gris-Nez hasta las islas de Zelanda. Las más antiguas de estas invasiones datan de mucho antes de aparecer el hombre. La larga línea de dunas que tuerce hacia el este se ha vuelto a derrumbar en tiempos prehistóricos, luego a finales de los tiempos romanos. Cuando se camina por la llanura que va de Arras a Ypres, y que luego se prolonga, ignorante de nuestras fronteras, hacia Sante y hacia Brujas, se tiene la impresión de pisar un fondo que el mar abandonó la víspera, y al que es posible que vuelva mañana. Hacia Lille, Anzin y Lens, bajo el humus raspado por la explotación minera, se apiñan los bosques fósiles, el residuo geológico de otro ciclo, más inmemorial aún, de climas y de estaciones. Desde Malo-les-Bains hasta L'Ecluse ondean las dunas edificadas por el mar y el viento, afeadas en nuestros días por los hotelillos coquetones, los casinos lucrativos, el pequeño comercio de lujo o de baratijas, sin olvidar las instalaciones militares, todo ese fárrago que dentro de diez mil años ya no se distinguirá de los desechos orgánicos e inorgánicos que el mar pulverizó lentamente, convirtiéndolos en arena.

Unos montes que en otra parte llamarían colinas: el Mont Gassel, relevado al Norte por la cuádruple ola de los Montes de Flandes, el Mont-des-Cats, el Mont Kemmel, el Mont-Rouge y el Mont-Noir, del que tengo un conocimiento más íntimo que de los demás, puesto que fue en él donde viví de niña, adornan aquellas tierras bajas. Sus areniscas y arcillas son asimismo sedimentos que se han ido convirtiendo poco a poco en tierra firme; nuevos embates de las aguas han erosionado seguidamente esta tierra en torno a ellos hasta llegar al nivel que hoy tiene: sus crestas modestas son testigos de ello. Datan de un tiempo en que la cuenca del Támesis se prolongaba hacia Holanda, en que el cordón umbilical entre el continente y lo que después sería

Inglaterra no se había cortado todavía. También dan testimonio desde otros puntos de vista. La llanura, a su alrededor, fue desbrozada implacablemente por los monjes y los villanos de la Edad Media, pero las alturas, más difíciles de convertir en tierras arables, tienden a conservar mejor sus árboles. Bien es verdad que Cassel fue asolado muy pronto para dejar sitio al campo atrincherado donde se refugiaba la tribu cuando era atacada por una tribu vecina y, más adelante, por los soldados de César. La guerra, a intervalos casi regulares, azotó su base igual que antaño las mareas del mar. Las otras lomas han conservado mejor sus oquedales, bajo los cuales, si se terciaba, se refugiaban los proscritos. El Mont-Noir, especialmente, debe su nombre a los oscuros abetos que lo poblaban antes de los fútiles holocaustos de 1914. Los obuses han cambiado su aspecto de manera más radical que al destruir la mansión que mi tatarabuelo mandó construir en 1824. Los árboles han ido creciendo otra vez poco a poco pero, como siempre ocurre en semejante caso, otras especies han tomado el relevo: ya no predominan los negros abetos parecidos a los que se ven en los fondos de paisaje de los pintores alemanes del Renacimiento. Es inútil imaginar cómo fueron las talas y, si llega el caso, cómo serán las repoblaciones del porvenir.

Mas no vayamos demasiado aprisa: rodaríamos sin querer por la cuesta que nos devuelve al presente. Contemplemos más bien ese mundo en donde el hombre no estorba todavía, esas pocas leguas de bosque cortado por algunas landas, que se extienden casi sin interrupción desde Portugal hasta Noruega, desde las dunas hasta las futuras estepas rusas. Recreemos dentro de nosotros ese océano verde —no inmóvil, como lo son las tres cuartas partes de nuestras reconstrucciones del pasado—, sino moviéndose y cambiando en el transcurso de las horas, de los días y de las estaciones, que fluyen sin haber sido computados por nuestros calendarios ni por nuestros relojes. Contemplemos cómo enrojecen en otoño los árboles de hoja caduca, y cómo mecen los abetos en primavera sus agujas recientes, cubiertas aún de una delgada cápsula parda. Bañémonos en ese silencio casi virgen de ruidos de voces y herramientas humanas, sólo interrumpido por los cantos de los pájaros o su llamada de aviso cuando algún enemigo, ardilla o comadreja, se acerca; el zumbido de miríadas de mosquitos, a un mismo tiempo depredadores y presas; el gruñido de un oso que busca un panal de miel en la hendidura de un árbol, mientras las abejas lo defienden zumbando, o asimismo el estertor de un ciervo atacado por un lobo cerval.

En las ciénagas rebosantes de agua, un pato se sumerge; un cisne que toma impulso para volver al cielo hace enorme ruido de velas desplegadas; las culebras reptan silenciosamente sobre el musgo o susurran entre las hojas secas; hierbas rígidas tiemblan en lo alto de las dunas, movidas por el viento del mar que aún no han ensuciado los humos de ninguna caldera, ni el aceite de ningún carburante, y sobre el cual todavía no se ha aventurado nave alguna. En ocasiones, en alta mar, surge el chorro poderoso de una ballena, el salto gozoso de las marsopas tal y como yo las vi, desde la parte delantera de un barco sobrecargado de mujeres, de niños, de enseres domésticos y de edredones cogidos al azar, en el cual me encontraba con los míos en septiembre de 1914, de camino hacia la parte no invadida de Francia, vía Inglaterra; y la niña de once años que yo era entonces sentía ya confusamente que aquella alegría animal pertenecía a un mundo más puro y más divino que este que tenemos, donde los hombres hacen sufrir a otros hombres.

Caemos otra vez en la anécdota humana: debemos dominarnos; demos vueltas junto con la Tierra que lo sigue haciendo igual que siempre, inconsciente de sí misma, hermoso planeta en el cielo. El sol calienta la delgada corteza viviente, hace estallar los brotes y fermentar las carroñas, extrae del suelo un vaho que seguidamente disipa. Luego, grandes bancos de bruma difunden los colores, ahogan los ruidos, recubren las llanuras terrestres y el oleaje del mar con una única y espesa capa gris. La lluvia toma el relevo repicando sobre millones de hojas, bebida por la tierra, sorbida por las raíces; el viento doblega los árboles jóvenes, derriba los viejos troncos, lo barre todo con inmenso rumor. Por fin, se instala de nuevo el silencio con la llegada de la nieve inmóvil, sin más huellas sobre su extensión que la de las pezuñas, las patas o las garras, o bien las estrellas que graban, al posarse en ella, los pájaros. En las noches de luna hay luces que se mueven sin que sea necesaria la existencia de un poeta o de un pintor para contemplarlas, sin que haya allí ningún profeta para saber que un día una especie de insectos toscamente enfundados en un caparazón se aventurarán por allá arriba entre el polvo de esa bola muerta. Y cuando no las oculta la luz de la luna, las estrellas relucen, colocadas más o menos igual que hoy, pero sin que nosotros las hayamos unido todavía entre sí formando cuadrados, polígonos y triángulos imaginarios, y sin haber recibido aún nombres de dioses y de monstruos que no las atañen.

Pero ya —y puede decirse que por todas partes— aparece el hombre. El hombre aún diseminado, furtivo, perturbado a veces por los últimos empujes de los glaciares cercanos y que no ha dejado más que unas pocas huellas en esta tierra sin cavernas ni rocas. El depredador-rey, el leñador de los animales y el asesino de los árboles, el cazador que dispone sus trampas en donde se estrangulan los pájaros, y sus estacas, donde se empalan los animales de piel valiosa; el ojeador que acecha las grandes migraciones estacionales para procurarse carne seca para el invierno; el arquitecto de ramajes y leños descortezados, el hombre-lobo, el hombre-zorro, el hombre-castor, que reúne dentro de sí todo el ingenio de los animales; aquel de quien la tradición rabínica dice que la tierra negó a Dios un puñado de su barro para darle forma, y sobre el cual aseguran los cuentos árabes que los animales temblaron cuando vieron aquel gusano desnudo. El hombre con sus poderes que, sea cual fuere la manera de evaluarlos, constituyen una anomalía dentro del conjunto de las cosas, con su temible don de ir siempre más allá del bien y del mal que el resto de las especies vivas que conocemos, con su horrible y sublime facultad de elección.

Los tebeos y los manuales científicos populares nos muestran a este Adán sin gloria bajo el aspecto de un bruto peludo blandiendo una porra: nos hallamos lejos de la leyenda judeocristiana para la cual el hombre original vaga en paz por entre las sombras de un hermoso jardín, y más lejos todavía, si ello es posible, del Adán de Miguel Ángel que se despierta ya en plena perfección al contacto del dedo de Dios. Bruto es, en verdad, el hombre de la piedra tallada, y el de la piedra pulimentada, puesto que el mismo bruto sigue habitando en nosotros, pero aquellos Prometeos hoscos inventaron el fuego, la cocción de los alimentos, el palo untado de resina que da luz en la noche. Supieron distinguir mejor que lo hacemos ahora las plantas nutricias de las que pueden matar y de aquellas que, en lugar de alimentar, provocan extraños sueños. Observaron que el sol se pone más al norte en verano, que ciertos astros dan vueltas en torno al cénit o forman una procesión,

con regularidad, a lo largo del zodíaco, mientras que otros, por el contrario, van y vienen animados por caprichosos movimientos que se repiten tras un determinado número de lunaciones o de estaciones del año; utilizaron este saber en sus viajes nocturnos o diurnos: Aquellos brutos inventaron seguramente el canto, compañero del trabajo, del placer y de la pena hasta nuestros días en que el hombre casi se ha olvidado por completo de cantar. Contemplando los grandes ritmos que ellos imprimían a sus frescos, uno cree adivinar las melopeas de sus oraciones o de sus encantaciones. El análisis de los suelos donde enterraban a sus muertos demuestra que los acostaban sobre alfombras de flores de complicados esquemas, tal vez no muy diferentes de aquellas que, cuando yo era niña, extendían las viejas al paso de las procesiones. Aquellos Pisanellos o aquellos Degas de la prehistoria conocieron la extraña compulsión del artista que consiste en superponer a los hormigueantes aspectos del mundo real una muchedumbre de figuraciones nacidas de su espíritu, de sus ojos y de sus manos.

Desde hace apenas un siglo que trabajan nuestros etnólogos, empezamos a saber que existe una mística, una sabiduría primitivas, y que los chamanes se aventuran por caminos análogos a los que tomaron el Ulises de Homero o Dante a través de la noche. Se debe a nuestra arrogancia —que niega sin cesar el hecho de que los hombres del pasado tuvieran percepciones semejantes a las nuestras— que desdeñemos ver en los frescos de las cavernas otra cosa que no sea una magia utilitaria; las relaciones entre el hombre y el animal, por una parte, y entre el hombre y su arte, por otra, son más complejas y van más allá. Las mismas fórmulas para rebajar su mérito hubieran podido emplearse, y lo han sido, con respecto a las catedrales consideradas como el producto de una enorme negociación con Dios, o como un trabajo forzado impuesto por un montón de sacerdotes tiránicos y rapaces. Dejemos a Homais estas simplificaciones. Nada impide suponer que el brujo de la prehistoria, ante la imagen de un bisonte traspasado por las flechas, haya sentido en ciertos momentos la misma angustia y el mismo fervor que un cristiano ante el Cordero sacrificado.

Y he aquí ahora, separados de nosotros por trescientas generaciones todo lo más, a los ingeniosos, a los hábiles, a los adaptados del neolítico, seguidos de cerca por los tecnócratas del cobre y del hierro; a los artesanos que realizan con destreza unos ademanes que el hombre ha hecho y vuelto a hacer hasta la generación que precede a la nuestra;

a los constructores de cabañas sobre pilotes y de muros de adobe; a los que vacían los troncos de los árboles para convertirlos en barcos o en ataúdes; a los productores al por mayor de vasijas y de cestas; a los campesinos, en cuyos corrales hay perros, colmenas y almiares; a los pastores, que hicieron un pacto con el animal domesticado, pacto siempre transgredido por la muerte de éste; a aquellos para quienes el caballo y la rueda son inventos de ayer por la tarde o de mañana por la mañana. El hambre, la derrota, el amor a la aventura, los mismos vientos de este a oeste que soplarán dentro de cincuenta siglos, en tiempos de las invasiones bárbaras, los empujaban seguramente hasta aquí, igual que lo hicieron con sus predecesores y lo mismo que lo harán con sus sucesores algún día; un delgado cordón producido por el desecho de las razas se va formando periódicamente a lo largo de estas costas al igual que, tras la tempestad y sobre estas mismas dunas, se va formando la franja de algas, de conchas y de pedazos de madera arrojados por el mar. Esa gente se nos parece; si nos pusiéramos frente a ellos reconoceríamos en sus facciones toda la escala que va desde la estupidez al genio, desde la fealdad hasta la belleza. El hombre de Tollsund, contemporáneo de la Edad del Hierro danesa, momificado con la cuerda al cuello en un pantano donde la gente biempensante de su época arrojaba, al parecer, a los traidores verdaderos o falsos, a los desertores y a los afeminados, en ofrenda a una desconocida diosa, posee uno de los rostros más inteligentes que darse pueden: este condenado a muerte debió juzgar con mucha altivez a quienes le juzgaban.

Luego, de repente, surgen voces hablando una lengua de la que subsisten, por aquí y por allá, algunos vocablos aislados, sonidos, raíces; labios que pronuncian poco más o menos igual que nosotros la palabra duna, la palabra salvado, la palabra brizna, la palabra almiar. Los vocingleros, los fanfarrones, los que siempre están buscando querella y fortuna, los cortadores de cabezas y los portadores de espada; los celtas, con sus capuchones de lana, sus blusones bastante parecidos a los de nuestros campesinos de antaño, sus shorts de deportistas y sus amplios calzones, que volverían a ponerse de moda entre los *sans-culottes* de la Revolución. Los celtas o, dicho de otro modo, los galos (los escritores de la antigüedad emplean indiferentemente ambos términos), traídos y llevados por el chovinismo de los eruditos, hermanos enemigos de los germanos, y cuyas disputas familiares no han cesado desde hace veinticinco siglos. Los buenos mozos, gastosos y pedigüeños, aficionados a las hermosas pulseras, a los hermosos ca-

bellos, a las hermosas mujeres y a los hermosos pajes; que trocaban sus prisioneros de guerra por unos jarros de vino italiano o griego. La antigua leyenda relata que durante una de sus primeras etapas sobre las costas bajas del Mar del Norte, estos hombres furiosos se adelantaron con todas sus armas al encuentro de las grandes mareas que amenazaban su campamento. Este puñado de hombres desafiando la subida de las olas me recuerda a nuestros arrebatos obsidionales de la infancia, que nos llevaban a aguantar hasta el final, en esas mismas playas, bajo ese mismo cielo gris, en nuestros fuertes de arena insidiosamente invadidos por el agua, agitando nuestras banderas de dos cuartos, tótems de nacionalidades variadas, que, en pocas semanas, iban a ennoblecerse con el prestigio sangriento que les aportaría la Gran Guerra. Nuestros libros del colegio nos repetían machaconamente que aquellos galos de corazón valeroso sólo temían una cosa: que el cielo se les cayera encima. Más valientes o más desesperados de lo que ellos eran, nosotros nos hemos acostumbrado, desde 1945, a ver cómo el cielo se nos cae.

La historia siempre se escribe a partir del presente. Las historias de Francia de principios del siglo xx, cuya primera estampa consistía invariablemente en unos guerreros bigotudos acompañados de un Druida vestido de blanco, nos dejaban la impresión de una banda de indígenas, sublimes, es cierto, pero vencidos de antemano, empujados quisieran o no hacia el camino del progreso, por los cuidados algo rudos de una gran potencia civilizadora. Vercingétorix estrangulado y Eponina ejecutada al salir de su subterráneo pasaban al capítulo de pérdidas y beneficios. El alumno que estudiaba con dificultad *Los comentarios* se extrañaba un poco de que aquella victoria sobre unos cuantos buenos salvajes hubiera puesto tantos laureles sobre la calvicie de César. Los cincuenta mil hombres reunidos por los Morins de Thérouanne, los veinte mil reunidos por los Menapios de Cassel muestran, sin embargo, lo que fue, incluso en aquel rincón de las Galias, aquel duelo entre una máquina militar análoga a las nuestras y ese vasto mundo más vulnerable, pero más flexible, provisto también de tradiciones milenarias pero que permanecía poco más o menos en el mismo estadio que vivieron Grecia y Roma en tiempos de Hércules y de Évandro. Aquellos lugares sin caminos, por donde penetraban las legiones, eran el refugio no de unos cuantos piojosos primitivos, sino de una raza prolífica que, en los siglos anteriores, se había desbordado más de una vez hacia Roma y hacia el Oriente mediterráneo.

Comprendemos que lo que fluirá como el agua, por debajo de un hermoso arco de piedra, durante los cuatro siglos de dominación romana, es una Edad Media de la Prehistoria que se acerca insensiblemente a nuestra propia Edad Media: reconocemos estos torreones de estacas y de vigas en el bosque, y esos poblados de adobe con tejados de paja. Los auxiliares galorromanos acantonados en lejanas guarniciones fronterizas son los hijos de los mercenarios galos que buscaban fortuna en el Egipto de los ptolomeos y de los gálatas que afluían hacia Asia Menor; son asimismo los padres de los futuros cruzados. Los ermitaños reemplazarán debajo de los robles a los Druidas que se preparan para las migraciones eternas. Las leyendas de hermosas mujeres abandonadas en el bosque y alimentadas por una cierva, junto con su hijo recién nacido, salieron de labios de las abuelas de la protohistoria; se ha hablado muy bajito de niños devorados por el ogro o raptados por las hijas de las aguas, de las tejedoras de la Muerte y de las cabalgatas de ultratumba.

Pero todo está ahí; lo que vemos dibujarse a la luz de los poblados incendiados por César (y el buen táctico pronto renunciará a esas llamaradas, porque las llamas y el humo revelan al enemigo el emplazamiento de sus tropas) es el lejano rostro de los antepasados de los Bieswal, de los Dufresne, de los Baert de Neuville, de los Cleenewerck o de los Crayencour de quienes desciendo. Vislumbro a los que han dicho *sí:* a los avispados que saben que la conquista va a centuplicar las exportaciones a Roma; allí les gustan los jamones ahumados y las ocas que les envían, conservadas dentro de grasa o vivas, meneándose bajo la guardia de un pastorcillo que no tiene prisa; estiman las hermosas lanas tejidas en los talleres atrébates; aprecian los cueros bien curtidos para cinturones y sillas de montar. Oigo asimismo el sí de los ilustrados que prefieren las escuelas de retórica romanas a los colegios de los Druidas y se afanan por aprender el alfabeto latino; hay el sí de los grandes propietarios, que desean ardientemente cambiar su nombre celta por la triple apelación de los ciudadanos de Roma, soñando para sus hijos, ya que no para ellos mismos, con el Senado y el laticlave; y el de los profundos políticos que sopesan ya las ventajas de la paz romana, la cual, en efecto, proporcionará los únicos tres siglos de seguridad que gozará este país donde los horrores de la guerra se dan casi continuamente desde tiempo inmemorial.

Los que dijeron *no* fueron menos numerosos: se anticipan a los comuneros asesinados en la Edad Media por guerreros franceses,

a los proscritos y a los ajusticiados de la Reforma, como aquel Martin Cleenwerck que tal vez fuera o no uno de mis parientes, a quien decapitaron cerca de Bailleul en el Mont des Corbeaux; anuncian a los emigrados de 1793, fieles a los Borbones, igual que sus antepasados, cien años atrás, lo habían sido a los Habsburgo; a los tímidos burgueses liberales del siglo XIX que —como hizo uno de mis tíos abuelos— ocultaban, como si de un vicio se tratase, sus simpatías republicanas; a las personas de mal genio como, por ejemplo, mi antepasado Bieswal que se negó, en el siglo XVII, a que anotaran sus blasones en D'Hozier, pues esta inscripción le parecía un subterfugio más del rey de Francia para sacarles unas cuantas piezas de oro a sus súbditos. Rostros del guerrillero, del cazador furtivo, del «Gueux», del parlamentario reacio y del proscrito eternos. Éstos, en tiempos de César, se refugiarían en Bretaña junto con Komm, jefe de los atrébates, inaugurando o quizá continuando el perpetuo vaivén del exilio entre las costas belgas y la futura Inglaterra. Más tarde, se adherirían al movimiento de Claudius Civilis, el guerrillero bátavo, cuya red se extendió hasta aquí. Los vemos, tal y como los vio Rembrandt, en alguna sala subterránea iluminada por un tembloroso farol, algo ebrios tal vez, jurando la muerte de Roma, lo que es mucho más fácil de conseguir que la suya propia, alzando muy alto sus hermosas copas de cristal de importación romana y de hechura alejandrina, cargados de joyas bárbaras y disfrutando a un mismo tiempo de su tosco lujo y del peligro.

Observamos ya en ellos ciertos rasgos propios de esa raza a la vez sagaz e intratable: la incapacidad para unirse, salvo en los momentos de entusiasmo, regalo de las malvadas hadas celtas; la negativa a doblegarse ante ninguna autoridad, que explica en parte toda la historia de Flandes, a menudo atacado por su excesivo apego al dinero y a las comodidades, que le obliga a aceptar todos los *statu quo;* la afición a las bellas palabras y a las bromas de mal gusto; la avidez sensual, un fuerte apego a la vida heredado de generación en generación y que constituye su único patrimonio inalienable. Marco Antonio, instalado aquí a la cabeza de las legiones, bajo la insoportable lluvia de invierno, mientras el gran jefe regresaba a Italia para ocuparse de política, debió aprovecharse lo mismo que otros de las hermosas muchachas metidas en carnes cuyo ardor de Bacantes constataban los oficiales ingleses de 1914, con una sorpresa mezclada con cierta zozobra. En aquel país de *kermesses* carnales, la violación —decía uno de ellos— no era una necesidad.

A un pueblo sólo se le puede conocer bien a través de sus dioses. Los de los celtas son poco visibles a distancia. Vislumbramos vagamente a Tutatis, a Elenos, a las Madres galas o germánicas, que eran una especie de buenas Parcas, al Dios Luna conductor de las almas y asimilado a Mercurio; a Nahalenia, la otra madre bienhechora, a quien se imploraba al salir de los puertos de Zelanda para darle luego las gracias, al desembarcar; a Epone, finalmente, reina de los caballos de tiro y de los ponis, que conservan su nombre, sentada prudentemente de lado en su silla de mujer, con los pies apoyados en una estrecha tablilla. Pero los simulacros que de ellos tenemos son grecorromanos, cuando no son informes. Los trastos de culto hallados en Bavay, y ante los cuales rezaron, casi con toda seguridad, mis antepasados, no se distinguen en nada de los que se extraen, casi por todas partes, del suelo del Imperio: el artesano galo sólo se delata por algunos detalles y, sobre todo, por sus torpezas. Cuando se piensa en el genio tan peculiar ya visible en las primeras monedas celtas, a pesar de las técnicas adoptadas de Grecia, cuando se ve ese don de dar movimiento a las formas animales o de estirar y entrelazar las plantas que volvemos a encontrar en los imagineros y pintores de códices de la era cristiana, no nos cabe duda de que aquellos hombres hubieran podido, si hubiesen querido, dibujar también a sus dioses. Acaso los preferían medio invisibles, apenas salidos de la piedra para hundirse de nuevo en ella, participando en el caos confuso de la tierra informe, de las nubes, del viento. Algo de ese rechazo ancestral podría explicar, siglos más tarde, el furor de los iconoclastas. «No se le debería dar forma a Dios», me dijo confidencialmente un día un granjero, que había entrado conmigo en una iglesia de Flandes, mientras miraba con desagrado no sé qué Padre Eterno.

En esta región a la que César e incluso, mucho después de él, San Jerónimo llamaban un rincón perdido, las huellas de los Druidas son muy raras; escasean, por lo demás, casi por todas partes desde que sabemos que las nobles piedras elevadas en Carnac y los pórticos

monolíticos de Stonehenge, obra de un Le Corbusier de la prehistoria, antedatan a estos recolectores de muérdago. Estos sacerdotes, implantados en unos santos lugares más antiguos que ellos, nos recuerdan a los protestantes que utilizaron, tras haberlas despojado de sus imágenes, las catedrales, o a los cristianos cristianizando los templos de Roma. De todos modos, la ciudad de Carnutos, es decir, Chartres, que era su lugar de reunión, estaba demasiado cerca de la Galia belga para que su influencia no se extendiera por diversos lugares de esas tierras bajas y de esas dunas. Al igual que los reverendos padres y los abates de mi ascendencia paterna completarían algún día sus estudios en Lovaina, en París e incluso en Roma, hubo algunos jóvenes menapios a quienes no atraía gran cosa la vida violenta de los hombres de su clan y que debieron ir, en ocasiones, siguiendo la costumbre de los celtas continentales, a un seminario druídico de la isla de Bretaña. Aprendieron de memoria los vastos poemas cosmogónicos y genealógicos, reservorio de los saberes de la raza; allí les revelaron las modalidades de la metempsicosis, tema que seduce al espíritu precisamente por ser en apariencia tan absurdo pero no más que las demás realidades de la vida orgánica: deglución, digestión, cópula y parto, que nos parecen menos extrañas debido a la costumbre, y que constituye la más bella metáfora de nuestras relaciones con todo. Les enseñarían las virtudes de las plantas y la manera de proceder a ordalías, trucadas o no, puesto que el Juicio de Dios fue primero el Juicio de los Dioses. En determinados días de fiesta verían arder, dentro de su jaula de mimbre y con gran pompa, a animales y a hombres, del mismo modo que, con otros pretextos que disfrazan una misma ferocidad, hombres y mujeres juzgados culpables y animales a los que creían maléficos ardieron vivos, a millares, en la era cristiana, al menos hasta finales del siglo XVII. También es posible que les enseñaran algo de griego, pues aquellos sacerdotes que nos parecen hundidos en una venerable prehistoria escribían su correspondencia en esa lengua. El Druida galo Diviciacus, que César llevó a Roma, y que discutía de filosofía con Cicerón, parece el prototipo del prelado mundano.

Me gustaría saber en qué fecha precisa trocó esta raza sus dioses primigenios por un salvador procedente de Palestina, en qué momento la mujer de su casa que precedió con mucho a Valentine, Reine, Joséphine y Adrienne de quienes procedo, ha dejado a un marido o a un hijo de ideas más avanzadas que las suyas llevar los

pequeños lares de bronce a casa del fundidor, lares que recuperarían después, parece ser, en forma de cacerola o de sartén. A menos que —también hay ejemplos de ello— camuflaran aquellos dioses barbados envueltos en lienzos, convirtiéndolos en santos apóstoles. Otros renegados (pues el que se convierte siempre es renegado de algo), más respetuosos con las causas perdidas, las enterraron piadosamente en algún rincón de la bodega o del jardín: éstos son los dioses que hemos hallado cubiertos de cardenillo. A decir verdad, no era la primera vez que una divinidad engalanada con el prestigio del exotismo se colaba en aquellas regiones: mercaderes italianos habían traído, entre su pacotilla, imágenes de Isis y de Harpócrates; algunos veteranos se habían traído de sus guarniciones un pequeño Mitra. Pero estos dioses, más acomodaticios, no exigían la exclusividad. Se puede incluso sospechar que ciertos paganos, demasiado encostrados para renunciar a su antigua y buena religión, han persistido en aquellos campos hasta el siglo VI, hasta el siglo VII. Sería menester poder diferenciar a los que se convirtieron muy pronto, en la época en que la adhesión a la nueva fe era todavía una aventura heroica, del rebaño que después siguió el movimiento cuando ya el estado lo aprobaba desde arriba.

Los dos momentos más revolucionarios de la historia son probablemente aquel en que un asceta hindú comprendió que un hombre vacío de toda ilusión se convertiría en dueño de su propio destino, salía del mundo o permanecía en él únicamente para servir al resto de las criaturas, llegando incluso a dominar a los dioses, y aquel otro en que unos cuantos judíos, más o menos hechizados, reconocieron en su rabí a un dios voluntariamente comprometido con la vida y la pena humanas, condenado por las autoridades, tanto civiles como religiosas, y ejecutado por la policía local ante los ojos del ejército dispuesto a mantener el orden. Diferamos la discusión sobre la sabiduría búdica que no me llegará hasta los veinte años. En cuanto a la segunda aventura inaudita, la Pasión de Cristo, que abofetea a todas las instituciones humanas, existen tan pocos cristianos en nuestro tiempo impregnados de ella que se nos hace difícil creer que calara profundamente en aquellos galorromanos convertidos. Algunas almas puras se abrirían, sin duda, a las palabras sublimes del Sermón de la Montaña: en el transcurso de mi vida, yo misma he visto dos o tres personas hacer lo mismo. Un buen número de corazones inquietos se embriagaría con aquellas esperanzas de salvación más allá de la muerte que también pregonaban de nuevo, por entonces, los cultos paganos. La mayoría hicieron a su

manera la tosca apuesta de Pascal: ¿qué se pierde a cambio? A pesar de tantas aves y torillos sacrificados, Galliena Tacita sigue teniendo calambres de estómago; Aurelianus Cauracus Galbo fue omitido en la última lista de promociones. Los bárbaros enemigos de Roma o, peor aún, sus aliados, pululan no ya sólo por indeterminadas fronteras, sino en las regiones que lindan con Nemetacum, que es Arras, y con Bagacum, que es Bavay. Pronto repercutirá, en el fondo de un monasterio del Oriente, el grito de horror de San Jerónimo ante la brecha del frente occidental del Imperio: *«La oleada cuada, vándala, sármata, alana, gépida, hérula, sajona, burgundia y alemana (¡Ay!, desdichada patria) irrumpe desde el Rhin y el Mar del Norte hacia Aquitania: toda la Galia ha sido pasada a sangre y fuego».* El nuevo dios no salvó a nadie; tampoco lo hubieran hecho los antiguos dioses. Ni la diosa Roma, arrellanada en su silla curul.

Algunos ricos, entorpecidos por los objetos de valor que arrastraban consigo, perecieron degollados por los caminos junto con el pequeño grupo de servidores que les habían permanecido fieles; hubo esclavos que huyeron, pasando de repente al rango de hombres libres o que se aglomeraron a los bárbaros. Echaron humo los escombros, pillando bajo sus cascotes al número habitual de personas no identificadas; mujeres violadas de grado o por fuerza murieron por culpa de las sevicias, del frío o del abandono, o trajeron al mundo los frutos del vencedor; las osamentas de los aldeanos asesinados cuando defendían sus campos y sus ganados fueron blanqueándose bajo la lluvia, mezcladas con las de las bestias muertas. Después, la gente se puso a reparar y a reconstruir. No sería ésta la última vez.

¿Qué? La eternidad

Las migajas de la infancia

He creído, durante mucho tiempo, no tener muchos recuerdos de mi infancia; entiendo por ello los anteriores a los siete años. Pero me equivocaba: imagino, más bien, que apenas les di ocasión para aflorar en mí. Al volver a examinar los últimos años que pasé en el Mont-Noir, por lo menos algunos vuelven a hacerse visibles poco a poco, al igual que los objetos de una habitación con los postigos cerrados en la que no hemos entrado desde hace mucho tiempo.

A la memoria me vienen, sobre todo, plantas y animales, de manera más secundaria algunos juguetes, juegos y ritos celebrados a mi alrededor y, de forma más vaga aún, como en un segundo plano, algunas personas. Me veo subiendo, a través de las altas hierbas, la abrupta pendiente que lleva a la terraza del Mont-Noir. Todavía no han segado. Abundan los acianos, amapolas y margaritas, que a mis criadas les recuerdan la bandera tricolor, cosa que a mí me desagrada, pues quisiera que mis flores fueran únicamente flores. Ignorábamos, naturalmente, que cinco o seis años más tarde esas «adormideras de los montes de Flandes» iban a engalanarse con una gloria fúnebre, convertidas en adormideras de verdad y consagradas al sueño de unos cuantos millares de jóvenes ingleses muertos en aquella tierra; adormideras cuyas reproducciones en papel de seda siguen vendiéndose aún para ciertas obras de caridad anglosajonas. La pendiente de la pradera era tan empinada que la carretilla que yo arrastraba, llena de ciruelas y grosellas espinosas recogidas en el huerto, acababa siempre por derramar su contenido, que resbalaba por la hierba. En la época de los tilos en flor, la recolección duraba varios días. La extendían después en el suelo del desván, que olía bien durante todo el verano.

Tuve una cabra blanca a la que Michel en persona pintó los cuernos de color dorado, animal mitológico antes de que yo supiera lo que es la mitología. Tuve un cordero muy gordo, completamente blanco, al que enjabonaban todos los sábados en la pila del lavadero; salía de allí y se revolcaba sobre la hierba húmeda, perseguido —en épocas de la gran colada de primavera, cuando se extendía la ropa

en el prado, las sábanas, los almohadones, los manteles y las servilletas almacenados en el desván desde el último otoño— por la pandilla de lavanderas que se quedaban sin aliento de tanto gritar. (Durante el invierno, el desván lleno de ropa sucia no debía de oler tan bien como en verano, cuando lo llenaban de flores de tila, pero tal vez el aire glacial impidiera los malos olores y además, metían siempre entre la ropa, por todas partes, ramitas de espliego.) Al atardecer, cuando hacía bueno, Michel encendía en los bosques innumerables lamparillas de color verde que parecían luciérnagas; la niña, cogida de su fuerte mano, hubiera podido creer que penetraba en el país de las Hadas. Se inquietaba un poco por si impedían dormir a los conejos, pero le aseguraban que los conejos ya estaban durmiendo a esas horas en sus madrigueras.

Despiertos en cuanto llegaba el alba, éstos saltaban durante todo el día bajo los altos abetos. Verlos me consolaba de la hora que pasaba cada día ante mi ventana, mientras peinaban y cepillaban mis cabellos que me llegaban hasta la cintura. Barbe los separaba en dos largas trenzas, que ataba con un lazo azul. En menos de un instante, los lazos de raso resbalaban y caían, librándome muy pronto de su insoportable tirantez. Al igual que los ciervos —los otros dioses amenazados—, los conejos saltarines lucían en el trasero su enternecedora colita blanca, pero yo jamás hice lo que me aconsejaban: verter en ella sal para apoderarme de ellos y apretar contra mí sus flancos suaves y calientes. Sabía ya que los dioses nos agradecen que no turbemos sus juegos.

Animal también y, al mismo tiempo, recipiente sagrado, utensilio mágico, fue el primer juguete del que yo me acuerdo: era una vaca de hojalata o de chapa, enteramente recubierta de piel de vaca de verdad, y cuya cabeza se volvía hacia la derecha y hacia la izquierda haciendo *muuuu.* Aquella cabeza se desenroscaba, para introducir en el vientre de metal un poco de leche, que luego salía por los imperceptibles agujeros de las ubres cubiertas de piel rosada. Yo rechazaba, desde que me habían quitado el pecho, todo elemento cárnico; mi padre respetó ese rechazo. Me alimentaban bien, pero de otra manera. A la edad de diez años, aprendí a comer carne «como todo el mundo», aunque seguía rechazando el cadáver de cualquier animal salvaje o de cualquier criatura alada. Más adelante, cansada ya de luchar, acepté aves y pescado. Cuarenta años después, indignada por las masacres de animales, he vuelto a seguir el camino de mi infancia.

Tuve una burra que se llamaba Martine, como tantas otras burras, con su burrito llamado Primavera que trotaba a su lado. Me acuerdo menos de haber montado en ellos que de haberlos besado todos los días, tanto a la madre como al hijo. Pero hablando de burros, diré que yo ya había experimentado, siendo aún más pequeña, un amor parecido al de Titania por un burrito gris que paseaba a los niños en una isla del Bois de la Cambre, en Bruselas, donde yo pasaba unos días en casa de mi tía inválida. Tanto amaba yo a aquel asno que prorrumpí en sollozos cuando, después de haber dado tres vueltas a la isla, tuve que abandonarlo. Michel quiso comprárselo al dueño, pero el propietario del burrito tenía en él su ganapán, ya que el citado animal poseía el don maravilloso de gustar a los niños. Regresé al Mont-Noir ensombrecida por aquel gran disgusto amoroso. En cuanto a los bueyes y caballos que pastaban en las praderas, se me consentía, todo lo más, meter el brazo por entre las alambradas para ofrecerles un puñado de hierba o una manzana. «Ya ves, pequeña —me decía Michel—, todo es cuestión de paciencia y habilidad. La gente piensa que las vacas son menos inteligentes que los caballos. Puede ser. Pero cuando una vaca, por casualidad, se coge la cabeza en la alambrada, la va sacando poco a poco, volviendo el cuello a uno y otro lado. Un caballo de granja también logra a veces liberarse, pero un purasangre se hace pedazos». El mismo Michel pertenecía a la raza de los purasangre.

Las «muñecas bonitas» que movían y cerraban los ojos, daban unos pasos cuando se les daba cuerda con una llave que llevaban al costado y decían «papá y mamá» me parecían estúpidas. Solían ser regalos de gente de paso. Por fortuna, dormían dentro de su caja de cartón en lo alto de los armarios, de donde las criadas pocas veces las bajaban. Durante todo un invierno, una muñeca que valía cuatro perras, un bebé articulado de celuloide, me enseñó lo que es la maternidad. Casualidad o presagio, yo le puse el nombre de André, nombre que llevarían después dos hombres a quienes amé mucho, sin que mis intenciones al respecto tuvieran nada de maternales. Tengo una fotografía en la que se me ve, riendo a carcajadas y arrastrando por una escalera una muñeca del siglo XVIII, reliquia de una abuela; era una muñeca un poco inquietante, pues su rostro, sus brazos y su busto vestido con un corpiño atado con cordones cruzados, todo ello de cartón piedra, se transformaban, al echarle por encima de la cabeza su amplia falda marrón con reflejos dorados, en otra cara, otros brazos y otro

busto con un corpiño exactamente igual. Muñeca Jano. Pero la falta de piernas me dejaba perpleja. Finalmente, un compañero de mi hermano me trajo de un viaje al Japón una muñeca que más parecía un ídolo, una dama de la época Meiji, con pestañas y cabellos de verdad, lisos y brillantes como la laca, peinados en un moño en el cual se hallaban clavadas unas largas agujas, que en casa le quitaron para que yo no me lastimase. Era demasiado grande para hacer otra cosa que no fuese besarla delicadamente en las mejillas color de albaricoque, y arrodillarme para contemplarla, toda tiesa y apoyada en el respaldo de un sillón. Esta muñeca abrió para mí un mundo.

Una fotografía tomada por la misma época y a menudo reproducida ofrece la estampa de una niña típica de aquellos años, inquietante en su aire tan inocente, con el pelo suelto y una camisa que descubre gran parte del pecho llenito, y los costados jóvenes y lisos. Este Yo desaparecido juntaba sus manitas para orar ante el rincón de un altar, pero mostraba de frente su rostro redondo de inmensos ojos claros, de los cuales no se sabría decir si pensaban profundamente o no pensaban en nada. Este simple atavío y esta conmovedora postura fueron, me parece, elegidos por el fotógrafo, un pariente algo bohemio a quien gustaban las niñas. El Mont-Noir no poseía ninguna capilla; una suerte de alcoba en el gran rellano del primer piso hacía las veces de la misma, con su velador revestido con un mantel de encaje y su Virgen esculpida en corazón de roble, rodeada la cabeza por una diadema de estrellas, y con el niño envuelto en los pliegues de su manto. Menos madre y virgen que reina, era un hermoso objeto ante el cual creo no haber rezado nunca, pero al que, en días de fiesta, adornaban con ramos de flores. El único *Avemaría* que yo recuerdo haber recitado por la noche durante unos cuantos años, lo rezaba arrodillada en la alfombra que había junto a mi cama o bien, en las noches frías, tapada con el edredón. Tal vez a esa cercanía entre las ganas de dormir y el sueño sea a la que yo debo el recordar palabra por palabra esa oración, que utilizo aún mecánicamente para medir el tiempo, como hacían entonces las viejas de nuestra comarca, para calcular los minutos que hay que dejar pasar antes de llamar por segunda vez a una puerta; a veces, al igual que los hermosos versos de algunos poemas aprendidos también de memoria, lo hago para ponerme mentalmente en estado de paz o casi en estado de gracia. Esta oración, que es un poema, la he recitado en varias lenguas cambiando a menudo el nombre de la entidad simbólica a la que va dirigida. «Dios te salve, Kwannon llena de gracia, que

oyes correr las lágrimas de los seres.» «Dios te salve, Shechinah, benevolencia divina.» «Dios te salve, Afrodita, deleite de los dioses y de los hombres...» Es hermoso esperar que, con una u otra forma, que la mayoría de las religiones han escogido femenina como María, o andrógina como Kwannon, la dulzura y la compasión nos acompañarán tal vez invisiblemente a la hora de nuestra muerte.

Mi abuela mandaba enganchar los caballos al coche para ir a la misa mayor los domingos. Sólo yo la acompañaba. Durante la misa, siempre muy larga, la pareja de hermosos caballitos negros era desenganchada y encerrada en la cuadra de la posada cercana a la iglesia. Solas de nuevo, Noémi y yo ocupábamos el «banco del Señor» (por el que jamás se entendía el del Señor Dios). Desde allí, yo veía el altar un poco de soslayo. Como lo ignoraba casi todo del sacrificio de la misa —ni más ni menos, por lo demás, que las tres cuartas partes de los fieles—, me fijaba, sobre todo, cada vez que se arrodillaba el cura, en las gruesas suelas claveteadas de sus zapatos, que sobresalían de la casulla de encaje. Me gustaba el olor a incienso, pero no el gesto seco del cura dándole vueltas al cáliz para asegurarse de que lo había bebido todo y enjuagado: me recordaba al de los bebedores a la puerta del cafetín. En el momento de alzar, yo agachaba la cabeza, como todo el mundo, para no exponerme al riesgo de una muerte súbita al vislumbrar la hostia. Examinaba, un poco de soslayo, en la primera fila de sillas, a las señoras del pueblo que me parecían todas iguales, con sus rojas mejillas, bien frotadas para la ocasión, bajo sus sombreros llenos de perifollos y lazos. El cura predicaba en francés; parte de sus fieles le entendía mal y las viejas, fieles a la lengua flamenca, nada en absoluto. Noémi era la «señora del castillo» (la palabra se decía pocas veces con simpatía); yo era la niña de pelo negro, vestido blanco y cinturón azul (mi madre había hecho promesa de consagrarme durante siete años a la Virgen). Unos sesenta y cinco años más tarde, cuando volví por primera vez al pueblo de mi infancia, buscaron, para honrarme, a una niñita de cinco años con pelo negro y ojos azules, a la que pusieron un cinturón azul y un vestido blanco. Esta niña poseía el encanto de la infancia, pero el tener que ofrecerme flores la intimidaba, del mismo modo que me hubiera intimidado a mí en otro tiempo.

Yo tenía siete años menos unas semanas. Era la época de las primeras comuniones precoces. Recibí, de las buenas hermanitas de

la Escuela Libre de Saint-Jans-Cappel unas cuantas instrucciones a las que el breve catecismo del cura no añadió gran cosa. Me recomendaron, sobre todo, que no me lavase los dientes la mañana del gran día; había que estar en ayunas. Pero yo encontré en la mesilla de noche un pedazo de manzana y me lo comí sin darme cuenta. Tuve la mala ocurrencia de decírselo un día al cura, que se indignó muchísimo. Yo era la única que comulgaba ese día. Un pálido cliché me representa con un vestido blanco y un velo también blanco, del cual Barbe decía que era un velo de novia, cosa que primero me dio risa y después me hizo llorar, porque creía que se estaba burlando de mí. Este recuerdo algo borroso se añade al de una comida a la que invitaron a unos cuantos vecinos de las mansiones de los alrededores y en donde por vez primera y a modo de rito mundano, me dieron medio bizcocho mojado en champán. Del año siguiente (¿o sería el mismo año?) conservo, al contrario, el punzante recuerdo de haber recibido de manos del maestro de escuela, en la plataforma de la sala de fiestas donde se hacía la distribución de premios, una corona de laurel de papel dorado y un grueso volumen, encuadernado en rojo y oro, que narraba la vida de los sabios ilustres. Yo estaba segura de no haber puesto nunca los pies en el colegio, y no deseaba hacerlo, pero además, un vago horror a la impostura y a la injusticia empezaba a apuntar en mí. Una niña de seis o siete años no posee, por fortuna, un vocabulario adecuado para argumentar sobre estos temas, pero puede irritarse y acaso con más espontaneidad que un hombre o una mujer de sesenta años.

Esa indiferencia total ante ciertos hechos, ese entusiasmo apasionado en otros casos, serían más banales de lo que uno imagina si aceptáramos en el niño la oscura presencia de una personalidad adulta y de una conciencia ya individualizada, antes de que lo deformen mediante consignas o lo idioticen debido a las modas. Lucho aquí, casi desesperadamente, no sólo para no evocar más que unos recuerdos que salen enteramente de mí, sino para evitar toda imagen dulzona de la infancia, tan pronto falsamente tierna como molesta a la manera de un dolor de muelas, o bien amablemente condescendiente. El niño, por instinto, no se comunica con el adulto; muy pronto, lo que le dicen las personas mayores le parece falso o, al menos, sin importancia. Siendo aún muy pequeña, el Buen Dios del que me hablaban no me parecía un Dios bueno. Gracias a Barbe, que no se perdía ni un solo incidente excitante de la vida del pueblo, yo

había oído a unas mujeres viejas toser, tapadas con su manta, y también había visto una vez, dentro de su ataúd, a un niño muy pálido, en el momento de clavar la tapa para llevarlo al cementerio. Había visto en la carretera algunos animales aplastados por los primeros automóviles: Dios no había sido bueno con ellos; tampoco era siempre bueno con la gente, sólo cuando le placía serlo; yo no creía tampoco en el hombre viejo y barbudo que espía a los niños, los castiga o los recompensa cuando son buenos, o más bien, sólo creía en ello un poco, a la manera en que se cree en Papá Noel, porque hay que fingirlo así. La enorme diferencia entre los que tienen fe en un creador que protege y castiga, y los que reconocen la existencia de algo que puede llamarse también divino, en todas las cosas y dentro de uno mismo, se marca desde muy pronto. Seguramente, no fue a los treinta años sino ya en su primera infancia cuando el príncipe Siddharta vio a un enfermo, a un lisiado y a un cadáver, todo lo más se lo callaría hasta los treinta años. Igualmente, pronto se establece la distinción entre aquellos para quienes Dios es el Uno y nada más, y aquellos otros para quienes el Uno no es más que una manifestación como otra cualquiera entre la Nada y el Todo. La niña del Mont-Noir no era tan diferente de una joven japonesa rodeada de ocho millones de *Kami* cuyos nombres ni siquiera hay que conocer, ni de los niños galorromanos sensibles al poder anónimo de los bosques y manantiales.

A pesar de los secos dogmatismos y de las inevitables ojeras, es beneficioso, al menos para la imaginación infantil, desarrollarse en el seno de una mitología todavía viva. El Mont-des-Cats poblado de trapistas era un lugar elevado adonde Barbe, Madeleine la Gorda y Madeleine la Pequeña subían siempre con reverencia. Junto al camino se hallaba el pozo de Santa Apolinaria cuyas aguas curaban el dolor de muelas. Aún recuerdo las gotas bebidas en el hueco de la mano, y la piadosa estampita con la imagen de la santa, desdentada por un verdugo, que me pegaban en la mejilla, poniéndome además un poco de esa especia llamada clavo, en la encía. Este lugar maravilloso estaba en territorio belga. Los encantos de la expedición se duplicaban para mis niñeras, con un poco de contrabando, y para mí, con la suerte de encontrar unas chocolatinas que sólo costaban una perra chica, en una tienda situada en la carretera, enfrente del pozo sagrado y que era muy célebre por sus golosinas baratas. La procesión se dispersaba a lo largo de las avenidas del Mont-Noir el día de San Juan. Ángeles con cestos de flores sembraban de pétalos el suelo.

A mí me gustaban los ángeles y creía en ellos, pues siempre había amado a los pájaros. Participaba en esa procesión disfrazada de Isabel de Hungría, no sé por qué, acaso porque una estatua de la santa decoraba la iglesia. Me parece estar viendo la diadema de cuentas de cristal, el manto de terciopelo rosa forrado de seda también rosa, en la cual me cosían un ramo de rosas de verdad, pues no me creían capaz de llevarlas en la mano sin perderlas. Había un San Juanito con el pecho desnudo, cubierto con una piel de cordero, que me parecía muy guapo; supongo que hoy será Monsieur Croquette, o cualquier otro de los viejos del pueblo, a los que vuelvo a ver en cada una de mis escasas visitas a Saint-Jans-Cappel. Como yo pasaba mis vacaciones en el Mediodía, iba a ver el nacimiento que ponían cerca de la Villa de las Palmas, al que adornaban con platos hondos llenos de semillas empapadas en agua, que pronto se convertían en hierbas locas; recordé esto después, al leer la descripción de los antiguos «jardines de Adonis», que hacían germinar de la misma manera en honor al joven amante de Venus. El Jesusito de cera me parecía menos real que mi André de celuloide, pero el asno y el buey situados al fondo, los corderillos introducidos cuando llegaba la noche de navidad junto con sus pastores, ponían en esa gruta fabricada cada invierno con papel de envolver la buena presencia de las criaturas. El espectáculo se enriquecía cada 6 de enero con la llegada, largamente esperada, de los tres camellos engualdrapados, más bellos aún que sus Reyes Magos.

La Semana Santa era otra cosa. Tan pronto la celebrábamos en el Mediodía como en París, y una vez lo hicimos en el Mont-Noir, desde el cual mi padre me llevó a Brujas, que está muy cerca, para ver las estatuas y los cuadros de Iglesia; después nos llegamos a Bruselas y aquélla fue, según creo, la última visita que le hice a mi tía inválida, inolvidable para mí porque allí vi a Jeanne por penúltima vez. En todos estos sitios, mis criadas daban ritualmente la vuelta por siete iglesias y cuando sólo había una como en Saint-Jans-Cappel, entraban y salían siete veces por la misma puerta. Las palmas trenzadas del Mediodía, el boj del Norte, los sudarios color violeta de las estatuas que, como estaban envueltas todas ellas, siempre parecían bellas, la oscuridad de la iglesia el Jueves Santo, acompañada de un estrépito que me parecía imposible relacionar con las sillas que movía la gente, el silencio de las campanas que se habían ido a Roma y cuyo ruidoso retorno festejábamos metiendo la cara en el agua para estar guapos todo el año, eran otros tantos hitos del camino de la Pascua. Pero

todo se borraba ante la efigie, vislumbrada aquí y allá en las iglesias de Flandes, del Jesús tendido y rígido, muy pálido, casi desnudo, trágicamente muerto y solo. Daba igual que la efigie fuera una obra sin par de un escultor de la Edad Media o una imagen cursi y coloreada de la Place Saint-Sulpice, a mí me importaba poco. Creo que fue delante de una de esas imágenes donde sentí por primera vez la curiosa mezcla de sensualidad que se ignora, de piedad, del sentido de lo sagrado. Quince años después, durante una Semana Santa napolitana, los besos y lágrimas de Ana ante el Cristo yacente de la iglesia de Santa Ana de los Lombardos, la cálida noche de amor del Jueves al Viernes Santo, iban a germinar de las emociones de aquella niña que no sabía lo que era la muerte ni lo que era el amor.

En el parque del Mont-Noir había una de esas grutas que los propietarios de finales del siglo pasado solían mandar hacer, influidos por Lourdes, un poco como sus ancestros que se mandaban construir unas ruinas a la manera de Piranesi. Nuestra gruta, cerrada por una verja que siempre dejaban abierta, estaba construida con piedras tratadas cementadas e igualadas con la llana, con guijarros del antiguo fondo marino de los Montes de Flandes. El suelo, los muros y la bóveda estaban hechos con aquellos mismos guijarros de los que rezumaba, cuando el tiempo era húmedo, un poco de agua rojiza, ferruginosa probablemente, como la que vi rezumar sobre las paredes de los pequeños *mithraeums* horadados por los soldados romanos al norte de Inglaterra y a menudo terraplenados nada más descubrirlos el arqueólogo local, si nada valioso se encontraba en ellos. Los soldados de la legión iban allí a rezarle al dios nacido de la roca. Nuestra gruta sólo tenía dentro un altar de la misma materia y adornado todo lo más (salvo durante la misa anual) con dos pequeños jarrones comprados en la feria y llenos de flores secas. Un hueco oblongo y vacío se abría bajo el altar, para depositar en él una efigie de Jesús yacente, que nadie, hasta el momento, se había preocupado de poner allí. Anuncié muy seria que pediría en la iglesia todos los domingos para poner allí un Cristo. Se me rieron en las narices y me aconsejaron que hiciera más bien una colecta para las misiones de China. Pero las misiones de China no me interesaban.

Algunos residuos mágicos se mezclaban aquí y allá con el anticlericalismo de la Tercera República. No es que aborreciesen al cura; le concedían la misma consideración, poco más o menos, que al cartero rural. En cuanto las aldeanas lo veían por la carretera, levantaban el

pie por debajo de sus faldas y escupían discretamente para guardarse de no sabemos qué influencia nefasta que emanaba de aquel «dador de Buen Dios», un poco eunuco «puesto que pasaba sin mujeres», un poco hermafrodita «puesto que se vestía como una mujer». La remolacha en forma de calavera clavada a un árbol, con una vela encendida reluciendo a través de sus órbitas vacías, me asustaba en las noches de otoño, pero para Barbe, si la vela se apagaba de súbito, presagiaba la muerte de alguien. Se hablaba mucho del Anticristo; probablemente, siempre se ha hablado de él en todo tiempo, en las comunidades cristianas, pero esa obsesión por el fin del mundo parece haber sido más intensa en aquellos ambientes cerrados que en otras épocas, como la nuestra, en que tantas razones nos incitan a pensarlo. Cuatro ángeles —de creer a Barbe— anunciarían el amanecer de la última mañana tocando la trompeta en las cuatro esquinas de la Tierra. Como yo creía saber que la Tierra era redonda, esas cuatro esquinas me sorprendían un poco. Para convencerme, me enseñaron una bola de madera con cuatro astillas clavadas a modo de ángeles. En cuanto a la fecha en que el mundo se iba a acabar, ya se sabía: cuando todos los judíos hubieran vuelto a Palestina. Mucho antes del sionismo, la Declaración Balfour y el éxodo de los supervivientes de los pogroms y de los crematorios, esas nociones flotaban entre unos aldeanos que habrían oído contar, todo lo más, entre risas, algún chiste de «judíos», o repetir, en términos más groseros aún, una invectiva de Drumont. Y de hecho, incluso hoy, no todos los judíos han vuelto a Palestina, ni mucho menos, pero el Estado de Israel, con todo lo que esa palabra Estado contiene de oficial y de inflexible, existe de ahora en adelante. Para mí, naturalmente, los judíos eran gentes del Antiguo Testamento y no hubiera sabido muy bien dónde situar Jerusalén.

Por aquellos días de antes de producirse la llamarada de 1914, el patriotismo en el pueblo parecía simbolizado por los farolillos del 14 de julio. A Michel le gustaban las fiestas populares, pero hubiese preferido para fiesta nacional algo distinto del aniversario de una parada de cabezas cortadas, con las mandíbulas llenas de paja. 1870 estaba lejos. Aquel cantón del Norte nunca había conocido lo equivalente al «durmiente del valle», tendido, sangriento, sobre la hierba, de un verso de Rimbaud. La Alsacia-Lorena también estaba lejos. Los *boches* aún no existían, así que el grupo ridiculizado, por no decir aborrecido, que necesita todo chovinismo, eran los *belches* (llamados así a causa de su acento). Los pequeños *belches* (la mayoría eran de

elevada estatura) se burlaban, en cambio, de los *fransquillons.* Yo era de adherencia francesa y no me importaba que mi madre, pocas veces mencionada, fuera belga, puesto que ignoraba el flamenco y su buen francés, alabado por Michel, así como sus preferencias por la lengua alemana, la excluían de la cuestión. Los días en que se sorteaba en Bélgica, los franceses pasaban la frontera —la cual rodeaba el Mont-Noir— y se gratificaban con el espectáculo de los pueblos belgas, alegres con los vivas de los mozos que habían sacado buen número y caminaban cogidos del brazo, haciendo eses por las calles, seguidos por otros menos afortunados que, en cambio, bebían para consolarse. Los mozos favorecidos por la suerte berreaban su habitual estribillo, cuyo primer verso no carecía de cierto arcaísmo, de lo que nadie se daba cuenta, así como el segundo se embellecía con cierto giro flamenco:

Soudâs, Soudâs, Soudás (Soldadotes)
No será Popol quien nos tenga por soldados

En efecto, no era a Leopoldo II, rey muy respetado por la banca internacional debido a sus empresas congolesas, a quien iban a servir aquellos muchachos, pero cuántos de ellos se pudrirían dos o tres años después en el fango del Yser, peones de un rey resignado que deseaba la paz, mientras que los altos mandos restantes no la deseaban... En aquel verano del que estoy hablando, nuestros vecinos no eran todavía «nuestros heroicos aliados belgas».

Ya vemos que «la niña rica», «la niña del castillo», según unos estereotipos que aún siguen vigentes, estaba menos aislada del «pueblo» —hermosa palabra que, como tantas otras de la lengua francesa se ha ido degradando— de lo que en nuestros días lo está una niña en un apartamento llamado burgués del distrito XVI. El centro del Mont-Noir —de ese mediocre edificio desaparecido del que conservo en mi memoria cada habitación— no era el salón ornado con un cuadro de *El vicio y la virtud* de Luini, traído de Italia por mi abuelo, pero que yo sólo veía los días en que Noémi me invitaba (es decir, casi nunca), ni el saloncito oval que antaño se utilizó para teatro de aficionados, ni el billar, que era feo, ni las dos estancias repletas de crucifijos y de relojes donde mi abuela hacía sus cuentas (¡por qué no habré heredado yo esa facultad!), ni el cuarto de la torrecilla con seis ventanas, con su estufa de esmalte ilustrada con las *Fábulas* de La Fontaine que a mí no me gustaba, como tampoco las *Fábulas,* porque

los animales me parecían asemejarse demasiado a los hombres, ni el aguafuerte posromántico, colocado en un pasillo que llevaba a mi cuarto, en el que se veían unas personas pensativas o en pleno arrebato escuchando a un músico y ante el cual yo hice soñar a Alexis más adelante. El centro del Mont-Noir estaba situado abajo, entre la glacial lechería y la cocina llena de cacerolas y calentadores de cobre, era la Sala de las Gentes, otra palabra hermosa que hemos envilecido al igual que la de domésticos. Y sin embargo, ambas evocan a la *Gens,* el grupo sólido de la familia romana, y a los habitantes de la *Domus* que ya casi ninguno de nosotros posee. Cada uno de los habituales de esa Sala de las Gentes era un individuo cuya historia, si se escribiera, llenaría más de dos o tres gruesos volúmenes, era una osamenta, un sexo y un cerebro que funcionaba más o menos bien, pero que *existía.* Al llegar el mediodía, me lavaban cuidadosamente las manos. La viuda madre bajaba con paso suave, pero siempre rápido, y se instalaba en el comedor en la gran mesa redonda. Yo me colocaba enfrente de ella, separada de la sarcástica anciana por la circunferencia del mantel adamascado y por un espacio de más de setenta años del que ni ella ni yo nos dábamos cuenta. En las paredes, unos cuadros colocados marco con marco, como en los interiores de los aficionados al arte de antaño, representaban todos poco más o menos lo mismo: a un hombre o a una mujer vestidos como los antiguos, jóvenes o viejos, feos o guapos. Varios de aquellos hombres tenían una mano, y a veces las dos, metida en el bolsillo porque, al parecer, el pintor exigía así menos dinero. La mayoría de ellos eran obras de buenos artistas locales aunque no célebres (las pocas pinturas célebres ya hacía tiempo que habían emigrado a los museos); otros eran mamarrachos, en particular los retratos de mis abuelos paternos a los que yo no podía imaginarme tan tiesos y pomposos. Yo era de una torpeza indescriptible; las judías verdes que pinchaba en el tenedor formaban montoncitos alrededor de mi plato; la crema de chocolate chorreaba por mi vestido blanco. Esta crema, si es que habíamos llegado a los postres sin drama, producía el efecto deseado: «¡Llévense a esta niña!». Con un contento discreto, Joseph el del chaleco de rayas bajaba conmigo la escalera de caracol que conducía a la Sala de las Gentes.

Todo allí era espontáneo, como la vida misma. La servidumbre se atracaba con los platos que bajaban de arriba casi intactos. La factura del carnicero hubiera podido cubrir los gastos de un gran

restaurante. Los pedazos peores iban a los perros. A mí me sentaban triunfalmente encima de un montón de diccionarios viejos. Los toscos platos de porcelana azul y blanca y los tazones a juego, llenos de sopa o de café con leche, llevaban a un lado, en equilibrio, unas enormes rebanadas de pan con mantequilla, algunas con unos dientes marcados en la miga y que poco a poco y horriblemente se iban impregnando de bebidas y salsas. Con el codo apoyado en la parte más despejada del hule, Madeleine la Gorda copiaba con un lapicero fragmentos de canciones que había aprendido recientemente y que eran, sin duda, antiguas canciones en cualquier otra parte. Alcide el cochero, que era viejo pero que pasaba por gustar todavía a las mujeres, probaba suerte con la esclerótica Madeleine la Pequeña; César, el joven y apuesto chófer, no ocultaba su inclinación por Barbe. Joseph fumaba los cigarrillos rusos del amo, mientras hojeaba sus periódicos viejos. Hortense, la cocinera, con su cara rubicunda, asomaba la cabeza por la puerta entreabierta y coreaba con tono chillón, cantando en falsete, las canciones verduscas o escatológicas de las otras mujeres, las frases sueltas de versos patrióticos o de cánticos piadosos. Todo era igual para mí: me parecía, únicamente, que aquellas mujeres no sabían cantar.

... Yo la tiré en una cama que se movía...
... Le asesté dos o tres lanzadas...
... Soy la hija de la caca, soy la hija del pipí.
Soy la hija del capitán...
... Sadi Carnot, Presidente de Francia...
... Queremos a Dios en nuestras familias...

Todos hablaban mal de Noémi en voz muy alta, sabiendo que estaba sentada, como siempre después de las comidas, encima de una entrada de aire caliente, junto al aparador, y que no se perdía nada de aquellas mofas, como tampoco de las injurias espetadas contra su espía Mélanie. Pero un ruido flojo, blando y, no obstante, claramente perceptible proseguía a través de todo eso. Era en la lechería, el ruido continuo, sibilante, del grueso palo de madera metido en el agujero de una barrica, donde poco a poco el líquido grasiento se iba transformando en mantequilla y que la pequeña Marie, que tosía un poco, metiendo de vez en cuando en la mantequera sus manos siempre tibias, cogería para exprimirle hasta la última gota del suero agrio y

azulado y hacer con ella un hermoso pan amarillo que envolvería en unas hojas. Lo sobrante, empapado de sal, llenaría después grandes tarros de gres para las futuras cocciones. El ruido de succión y de desprendimiento proseguía hasta caer la noche, cuando la pequeña Marie, envuelta en su toquilla negra, emprendía el camino hacia el pueblo. Me pregunto si Michel, enfrascado allá arriba en un libro, lo oiría también. Era un poco repugnante, un poco tranquilizador, pero también era —aunque entonces yo no hubiera podido expresarlo con palabras— el ruido mismo que hacen las cosas al mezclarse.

Hacía tiempo que Barbe ya no se ponía su uniforme azul marino de *nurse* inglesa, que Michel le había obligado a vestir, por amor a todo lo inglés. Se vestía bien, a mitad de camino entre la doncella de buena casa en día de fiesta y la mujer de mundo que desea pasar desapercibida. Yo la quería mucho. Ella era, según me dijeron, la que me dio el primer baño; en cualquier caso, seguía lavándome todos los días, secándome, echándome talco, poniéndome los vestidos y llevándome de paseo, cuando estábamos en la ciudad; cuando yo era muy pequeña, me sujetaba con una correa por debajo de los brazos como si fuera un perrito. Aquellos paseos al aire libre terminaban a menudo, por lo demás, en visitas a grandes almacenes, en cuya puerta casi siempre encontraba Barbe, como por casualidad, a algunos señores conocidos suyos y la mañana acababa en una pastelería. Durante toda mi primera infancia, ella sintió por mí esa pasión inconscientemente sensual que tantas mujeres sienten por los niños muy pequeños. Cuando yo tenía dos o tres años, recuerdo que ella me levantaba de mi camita cuna y me cubría todo el cuerpo con sus cálidos besos, dibujando los contornos por mí desconocidos y dándome, por así decirlo, una forma. Creo en la sexualidad innata de la infancia, pero esas sensaciones puramente táctiles se hallaban aún desprovistas de erotismo: mis sentidos no habían echado ni brotes ni hojas. Más adelante, aquellos arrebatos cesaron, pero los besos afectuosos no escaseaban; eran poco más o menos los únicos que yo recibía, salvo los de Jeanne, que no estaba conmigo a menudo, y salvo el beso amante pero también bastante rutinario del padre francés que era Michel, inclinándose sobre la niña para el abrazo nocturno. Barbe no carecía de encanto, es posible que entre Michel y ella hubiera habido algunos contactos carnales durante los primeros tiempos de soledad que siguieron a la viudedad de mi padre, pese al desdén que

éste mostraba por los amores subalternos. En cualquier caso, ella era demasiado sensata para soñar con alcanzar algún día el puesto de señora de la casa. Pero su gusto por los hombres y el deseo de añadir unos cuartos a su salario, sin embargo abundante, le inspiraron el frecuentar las casas de cita en el Principado, en invierno, durante nuestro paso por París, y, en ocasiones, en Bruselas. Era la época en que las salas de cine proliferaban. Mientras que en casa suponen que estamos dando un paseo aprovechando una hermosa tarde, Barbe se instala a mi lado en una de las butacas, pero me deja sola en cuanto se hace la oscuridad, recomendándome que me esté quietecita: ella vendrá a recogerme antes de la salida. La niña no tiene miedo. Un piano algo cascado vierte unas notas que parecen siempre las mismas; apenas se distinguen las que van muy deprisa porque galopa un caballo, de los acordes solemnes, anunciando que va a ocurrir algo triste, ni de las notas muy dulces porque acompañan en la pantalla a un efecto de claro de luna. Yo me adormecía, distinguiendo únicamente, de cuando en cuando, la cara muy pálida de Mademoiselle Robine, la actriz de moda, asfixiándose con unos ramos de flores amontonados sobre su lecho, o la de Madame Sarah Bernhardt con traje isabelino, y que me asustaba tanto que tenían que dejar luego la lámpara encendida en mi habitación durante toda la noche. Pero Barbe regresaba siempre a la hora dicha. Al volver, me explicaba detalladamente lo que tendría que decir a mi padre para explicarle en qué había empleado el tiempo, en el caso de que me lo preguntara. En ocasiones, yo me daba cuenta de que me había hecho un lío y alzaba los ojos a Barbe para estar segura de que no la contradecía. Aquellas miradas interrogantes y tímidas hicieron sospechar a Michel que mentía. Supuso, lo que era falso, que Barbe me maltrataba o que, por lo menos, me amenazaba, para obligarme a ocultarle la verdad. De hecho, he conservado más o menos toda mi vida la costumbre, en momentos de vacilación, de interrogar con la mirada a mis compañeros para estar segura de que están de acuerdo. Aquella ojeada algo miedosa no tenía mayor trascendencia.

Pero la astucia del cine no era una cosa segura. La acomodadora (aunque, sin duda, Barbe estaba conchabada con ella), o más bien alguna compasiva espectadora hubiera podido enternecerse al ver aquella pequeña a quien dejaban sola, sin que tuviera siquiera que intervenir ese personaje moderno de novela negra: el perverso seductor de niños. Barbe optó por el medio más sencillo de llevarme con

ella a la casa de citas. Me instalaban en el salón. Yo me encontraba allí muy bien. Aquellos señores gordos con cadenas de reloj llenas de colgantes, aquellas señoras con la bata a menudo abierta, no me parecían muy diferentes (de no ser por los trajes, más livianos) de las personas mayores que se reunían en la Sala de Gentes. Se hubiera dicho que aquellos señores y señoras se enternecían al verme, al encontrar en mí un símbolo de la inocencia infantil. Incluso un día me subieron a la mesa y me pidieron que cantara o recitara algo. Yo no sabía cantar pero, en cambio, sabía de memoria trozos de poemas que Michel había empezado a copiar para mí en un grueso cuaderno. *Como alguien que camina llevando una lámpara... Cuando el pelícano, cansado de un largo viaje... Tan puro que un suspiro sube hasta Dios más libremente que en lugar alguno...* Mis auditores nunca habían oído nada igual, probablemente, pero lo más seguro es que no entendieran mis murmullos. Barbe aparecía de nuevo, con el sombrero y los guantes puestos, y me llevaba de allí después de saludar a toda la compañía. Aquellas visitas creo que sólo las hicimos dos o tres veces, pero nunca faltan delatores ni, sobre todo, delatoras.

Michel recibió la carta anónima en el Mont-Noir. El lugar había cambiado tras la muerte de Noémi. Michel recibía allí aquella semana a su amante del momento, a esa Liane a la que hemos visto desempeñar el papel de interina, a mi hermanastro que estaba a punto de casarse —unión que a Michel no le parecía mal, tal vez porque así se quitaba de encima a aquel importuno— y a su novia, algo basta, acompañada por su madre un tanto loca, así como a algunas otras personas de las que yo no sabía nada. Todas ellas opinaron que había que deshacerse de Barbe. Michel no había tomado por lo trágico la visita al burdel; no obstante, no eran unas costumbres como para alentarlas en una niñera. Dejó a sus invitados organizar un pequeño complot, quizá por cobardía no incompatible, en este hombre de gran corazón, con el valor o tal vez por ese curioso fondo de indiferencia que he comentado en otra parte. Me anunciaron que partiríamos al día siguiente muy temprano para hacer una larga excursión. Nos amontonamos en dos coches. A mí me extrañaba un poco que Barbe no viniese con nosotros, pero me dijeron que muy pronto se nos uniría.

No recuerdo como transcurrió aquel día. Volvimos por la noche. Nada más cruzar el umbral de la puerta de entrada, llamé a Barbe y subí corriendo las escaleras de la torrecilla; su cama, junto a la mía,

estaba hecha; yo no veía sus ropas por ningún sitio. Corrí, volviendo sobre mis pasos y dándome coscorrones por el pasillo que formaba un recodo, ornado con su sombrío aguafuerte; acabé por entrar en los aposentos de Noémi donde ahora se había instalado Michel. Me cogió la mano y me explicó que a Barbe la había llamado su familia, que vivía entre Hasselt y Maestricht, y que tal vez se quedara allí unos meses. También me dijo que no llorase tan alto. Los días que siguieron, le envié a Barbe unas cuantas tarjetas postales llenas de faltas de ortografía pidiéndole que regresara. Ella me contestó al cabo de mucho tiempo con una cartita afectuosa en la que me comunicaba su próximo matrimonio con un granjero de Hasselt.

Yo ya me había acostumbrado a su ausencia, pero un peso enorme cayó sobre mí: me habían mentido. En lo sucesivo, ya no volví a confiar en nadie, ni siquiera en Michel. Éste me dijo más adelante su temor de que, al hacerme yo mayor, adoptara el estilo pretenciosamente descarado que Barbe había ido adquiriendo, o que imitase su timbre de voz bastante desvergonzado. Mucho después aún, me confesó que Barbe y César eran amantes y que él temía que se desarrollaran algunas escenas eróticas ante mis ojos, en la torrecilla. Puede que también algunos celos de aquel mozo bien plantado que era César tuvieran que ver con sus preocupaciones. En realidad, las noches en la torrecilla con Barbe me han dejado una impresión de solemnidad sin relación con su comportamiento o su fisonomía en el resto de la vida. Salía desnuda del lavabo donde se había dado un baño, cruzaba la espaciosa estancia con una palmatoria en la mano, acompañada por su sombra, gigantesca sobre las paredes blancas, y se iba a sentar delante de la estufa. Se sentaba para secarse y pasarse la piedra pómez por los pies. Sus pies, con las uñas encabalgadas, una dureza por aquí, un callo por allá, no eran bonitos. Pero la sombra nítida y negra, de grandes senos y vientre un poco caído, era majestuosamente bella.

El viejo Trier murió poco antes de irse Barbe. Tenía unos doce años, edad honorable, pero no necesariamente final para un perro bien tratado. Aunque ¿lo habían tratado bien? Después de los tres años de gloria que pasó vagando con Fernande y Michel por Europa, se había convertido en mi perro; es decir, que guardaba celosamente mi cuna de niña, correteaba detrás de mí por los paseos del Mont-Noir, desaprobaba los excesivos vuelos de palomas en Montecarlo, y en París los patos del Bois de Boulogne, arriesgándose conmigo a

meterse en los charcos de agua de mar. No consigo acordarme si me acompañó o no a Scheveningue. ¿Fue mal recibido por los perros de Axel y de Clément o, por el contrario, fraternizaron? Pero en el Mont-Noir, Noémi le había prohibido poner los pies en casa, por miedo a que sus patas torcidas mancharan el parquet; se estaba haciendo viejo; al cabo de unos años, se contentaron con llevarme todas las mañanas a la cuadra, donde dormía con Alcide; yo le llevaba golosinas; pasaba con él algún tiempo que siempre les parecía demasiado largo a las criadas; tras unas cuantas caricias, me sacaban de allí: ya hemos visto que yo era muy dócil. Los últimos tiempos fueron particularmente penosos: al igual que tantos otros *bassets* seleccionados por los criadores por su línea casi grotescamente estirada, Trier padecía dolores dorsales. Tuvo que renunciar a subir las escaleras. Daba igual, puesto que dormía abajo, en la paja. Apenas si podía arrastrarse hacia mí fuera de la cuadra, gimiendo y llorando de alegría alternativamente; sus cuartos traseros paralizados se arrastraban por los adoquines del patio, dejando tras él huellas de sangre. Su alegría al verme era conmovedora: el amor del animal por el ser que tan poco le da y que es su sol humano. Si yo hubiera sido mayor, habría suplicado que lo dejaran cerca de mí mañana y noche; habría tratado de dispensarle un poco de esa dulzura que a los hombres y a los perros moribundos procura la presencia de los seres a quienes aman. Pero la infancia es cobarde. Ni siquiera me despertó, una mañana, el tiro que le disparó Alcide en la oreja: este medio de acabar con una agonía demasiado larga de un animal familiar era el más corriente antes de que existieran nuestras inyecciones de hoy. *«Mi querida tía: escribo para decirte que estoy muy triste porque mi pobre Trier ha muerto.»* Así comienza el único mensaje a mi tía inválida que la casualidad me ha devuelto. Es, en suma, mi primera composición literaria. Lo mismo hubiera podido contentarme con eso.

Después de haber relatado aquí unos recuerdos más o menos inconexos, quisiera consignar el de un milagro trivial, del que uno no se da cuenta hasta después de que ha pasado: el descubrimiento de la lectura. El día en que los veintiséis signos del alfabeto dejan de ser trazos incomprensibles, ni siquiera bonitos, en fila sobre un fondo blanco, arbitrariamente agrupados y cada uno de los cuales constituye, en lo sucesivo, una puerta de entrada, a otros siglos, a otros países, a multitud de seres más numerosos de los que veremos en toda nuestra vida, a veces a una idea que cambiará las nuestras, a una noción

que nos hará un poco mejores o, al menos, un poco menos ignorantes que ayer. Yo nunca tuve libros para niños. Los tomos rosas y dorados de la condesa de Segur me parecían llenos de tonterías e incluso de bajeza: historias contadas por un adulto que calumniaba e idiotizaba a los niños. Jules Verne me aburría; quizá sólo gustara a los chicos. *Blancanieves, La pequeña cerillera, La bella durmiente del bosque,* me encantaban, pero me los sabía de memoria antes de que aprendiese a leer. Siempre los asociaba con una voz firme de hombre, o una voz grave y dulce de mujer joven. Pronto conocí, gracias a mi padre, numerosos «clásicos». Yo iba a tomar contacto con la literatura francesa y parte al menos de la inglesa entre los siete y los dieciocho años. Aprendería también el suficiente latín y griego para remontarme aún más allá. Los escépticos dirán que las lecturas precoces son inútiles, puesto que el niño lee sin comprender, al menos durante sus primeros años. Yo doy testimonio de lo contrario, de que el niño comprende ciertas cosas, sabe vagamente que comprenderá otras más adelante y que las enseñanzas recibidas de esa manera son indelebles.

Pero por una oscura suerte, el primer volumen para personas mayores, comprado en una librería recientemente por Michel, a quien todas las novedades tentaban, era una novela idealista y cristiana de una tal Madame Reynes-Montlaur (si es que recuerdo bien el nombre), de quien ignoro si era protestante o católica. Esta novelista narraba la historia de los discípulos de Jesús refugiados en Egipto hacia la mitad del siglo I. La obra, según creo (se llamaba *Après la neuvième heure*) ha sido hoy olvidada. La encontré encima de la mesilla de Michel, en el Mont-Noir, una mañana de otoño en que nos preparábamos para marcharnos. Las criadas estaban embalando sus bártulos y los míos y no soportaban mi presencia, demasiado inquieta, así que me habían mandado al cuarto de mi padre. Michel estaba haciendo sus maletas. Como era octubre y hacía frío, mi padre me aconsejó que me metiera en su cama protegida por unas cortinas y me tapara con el edredón verde. Cogí el volumen y lo abrí al azar: la mayor parte de las palabras y de las descripciones eran demasiado difíciles para mí, pero tropecé con unas líneas que describían a unos personajes sentados a orillas del Nilo (¿acaso sabía yo situar el Nilo en un mapa?) y miraban una barca de vela púrpura (¿sabía yo lo que era el color púrpura?) que avanzaba, empujada por el viento, a la puesta del sol, sobre un fondo verde de palmeras y el fondo rojizo del desierto. Yo sentía que el sol poniente daba vida a aquel paisaje; los

personajes, cuyo nombre no me importaba, miraban «pasar la barca». Un sentimiento de admiración me invadió, tan fuerte que volví a cerrar el libro. La barca ha seguido navegando río arriba, consciente o inconscientemente, en mi memoria, durante cuarenta años, el sol rojo descendiendo a través del palmar o sobre el acantilado, el Nilo fluyendo hacia el Norte. Algún día vería yo en ese puente llorar a un hombre de pelo gris.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).